

HISTORIA DE VIDA

Editor: Alexander Zosa-Cano

alexzosa@hotmail.com

Vamos a restringir los ensayos publicados en esta sección: (1) La política editorial no permite publicar ensayos biográficos sobre personas vivas; y (2) los personajes biografiados deben trascender el ámbito local y doméstico. Es decir, no se va a permitir publicar ensayos cuya única importancia es ser un antepasado del autor, o los méritos del biografiado se limitan a su ciudad. Los personajes biografiados deben tener importancia nacional o regional; es decir, Costa Caribe, las Segovias y la región del Pacífico.



El cultivo de la biografía y la autobiografía en Nicaragua tiene antecedentes como la autobiografía de Rubén Darío, compuesta en Buenos Aires y fechada entre el 11 de Septiembre y el 5 de Noviembre de 1912. Entre nosotros están las autobiografías de Emiliano Chamorro^{136F}¹, *Cabos sueltos de mi memoria del Dr. Carlos Cuadra Pasos*^{137F}², y *Memorial de mi vida* de Blas Hurtado y Plaza (1722-1792)^{138F}³.

La autografía es un género literario que ha recibido muy poca atención en la historia de la literatura española. Es difícil escribir una autobiografía que sea verificable, basada en hechos, y que sea neutral.

- ¹ Autobiografía Completa del General Emiliano Chamorro - Revista Conservadora No. 67. abril 1966.
- ² Cuadra Pasos, Carlos: *Cabos sueltos de mi memoria del Dr. Carlos Cuadra Pasos*. Obras. Managua: Fondo de Promoción Cultural, Banco de América, 1976.
- ³ Hurtado y Plaza, Blas, and Carlos Molina Argüello. *Memorial de mi vida*. Managua: Banco de América, 1977.

Hemos publicado hasta hoy, el No. 78 inclusive, unos 164 ensayos biográficos. Entre los autores más prolíficos en este tema han sido Jorge Eduardo Arellano, Eddy Kühl Arauz, Ramón García Maldonado, Francisco-Ernesto Martínez, José Mejía Lacayo, Flavio Rivera Montealegre, y Carlos Tünnermann Bernheim. ■

Costumbres de mediados del siglo XIX

José Dolores Gamez

CAPÍTULO IV

El tiempo nuevo

Después de proclamada la Independencia Centroamericana de la metrópoli española cayeron nuestros pueblos en un período de anarquía sangrienta, cegados por efecto de la transición brusca de un régimen opresor a otro de vida democrática en su más libre forma que se prolongó hasta por los años de 1848 a 1849, en que hubo un ligero paréntesis de paz. En el entretanto la sociedad nicaragüense permaneció estacionaria y con los usos y costumbres de la vida colonial.

Las ciudades, aun las principales como León y Granada conservaban su aspecto de villorrios de la edad patriarcal y ese tinte medieval de la conquista española. Sus grandes edificios consistían en los templos y conventos que se hallaban bien provistos en ambas poblaciones, aunque sin frailes los últimos en virtud de lo dispuesto por las leyes federales que prohibían en absoluto la existencia de las comunidades religiosas en el territorio nacional. Dichos templos y conventos eran edificaciones relativamente enormes con altas paredes de calicanto, monumentales frontispicios que remataban con perillas, algunas de éstas en forma de cántaro embrocado y sin gusto artístico, sin sujeción de determinado estilo de arquitectura. Los demás edificios públicos, así como los privados, guardaban tal uniformidad en sus formas y estructuras, que conocido uno de ellos, podía decirse que estaban ya conocidos también los otros.

Por los años de 1850, fecha donde arrancan estas Memorias por haber sido aquella en que los autores de mis días se unieron con estrecho lazo para formar mi hogar, las ciudades precitadas de León y Granada daban la más alta nota social de cultura en el entonces Estado de Nicaragua, sin que por ello formasen un todo homogéneo, sino dos cabezas rivales, con pretensiones cada una al dominio exclusivo del país que, dividido en dos grandes porciones llamadas de Oriente y Occidente por su posición astronómica. Vivían constantemente a la greña, rebosando de rencor y saña y recordando con sus odios a los güelfos y gibelinos de la antigua Italia.

Mis recuerdos primeros son los de Granada, que me sirvió de cuna y en donde recibí mi educación y tuve las impresiones de la infancia. El centro de la

ciudad estaba formado por grandes casas en forma de cuadrilongos, con gruesas



paredes de adobes y cubiertas por tejas acanaladas de barro cocido. Mr. Paul Levy que escribió en 1873, cuando la edificación primitiva no había variado aún, dice lo siguiente: **“la cumbrera descansa sobre las paredes de las extremidades, y como las paredes divisorias no llegan a mucha altura se acaban de sostener por medio de jambas y puntales; una solera espesa y ancha corona las paredes. Sobre la cumbrera y la solera se colocan fuertes cabríos (alfajillas), separados por media vara o más de intervalo, y mantenidos por ensambladuras. Sobre los cabríos se pone paralelamente a la cumbrera una cubierta de grandes cañas muy juntas, y amarradas de dos en dos, con un bejuco fino, a otra caña colocada debajo y paralela a los cabríos; no hay riostra ni carriola alguna, estando mantenido el empuje de las paredes solamente por tirantes macizos, ensamblados con la solera en cada extremidad. Sobre las**

cañas se ponen las **tejas**. **“Las aperturas de las puertas y ventanas son anchas como conviene en un país caliente; no son más que vanos, encima de las cuales se coloca un atravesado espeso de madera, que sostiene la pared de arriba y se llama en el país “umbral”. Nunca las ventanas están guarnecidas con vidrieras...y por fuera están siempre cerradas con una reja de hierro que avanza a veces en forma de balcón”.** Estas casas eran por supuesto, las más lujosas y arrancaban del tiempo de la colonia, pudiéndose ver todavía algunas en León y otros pueblos centroamericanos y con más especialidad en Cartagena de Indias donde existen aún sin modificaciones.

Los tirantes y soleras de las casas principales de Granada tenían doce pulgadas españolas en cuadro y los cuarterones o alfajillas cuatro pulgadas en cuadro, todo de madera de color real que se conservaba durante siglos. Las paredes de estas casas se enchapaban con una mezcla de arena de la playa y tierra suelta que se alisaba a punta de cuchara, y una vez seca se blanqueaba con una lechada de cal que se le aplicaba dos veces con una brocha gruesa. Las puertas eran numerosas y para la mayor ventilación se mantenían abiertas, así como las ventanas que eran otras tantas puertas por lo regular a tres pies de altura del piso interior resguardadas con rejas de madera, torneada y rara vez con varillas de hierro. Las ventanas de mejor gusto y más lujosas eran las voladas o semicirculares que salían de la pared de la calle sobre lo que debía ser acera,

porque no siempre existían éstas y como con tres cuartas de vuelo en la parte más ancha de su curva, descansando sobre una base exterior de calicanto que tenía la forma de una copa dividida perpendicularmente, por la parte de afuera, y la de dos poyos en su interior que servían de asientos. En algunas casas existían antiguas aceras elevadas y estrechas, abrigadas por el alero, que descansaba en caños de madera, que salían de las paredes, luciendo esculturas en sus extremidades. El piso de las habitaciones se elevaba con terraplenes sobre el nivel de la calle, muchas veces a seis y más pies y se subía por gradas hechas en la acera, sin duda para prevenir una inundación de las fuertes corrientes que se desprendían de las faldas montañosas al sur de la ciudad y que los españoles desviaban por medio de cauces profundos, que existen hasta el día con el nombre de "arroyos". **Cada gotera o corriente del techo, como en el día aún caía** aisladamente sobre la vía pública, sin que hubiese canales ni tubos para conducir el agua y saliendo la que caía en los patios por albañales que la llevaban a la calle. Los edificios de que vengo hablando se dividían en piezas o salones que medían de 8 a 10 y media más varas castellanas de longitud por siete de ancho, y los cuales servían para salas y dormitorios, protegido por los corredores que corrían a lo largo de las paredes y su rededor, formando el cuadro del primer patio al estilo andaluz. Los salones; cuando eran muy extensos, que solían ser lo más frecuentes, se dividían con tabiques de madera que subían hasta el tirante del marco, bien cepillados y cubiertos sus juntares con reglas molduradas, las cuales también se pintaban con cal disuelta o mezclada con agua mucilaginoso. En las salas de recibo era de rigor una repisa de madera a ocho pies de elevación, poco más o menos, algunas veces doradas o pintada al óleo en la que se colocaban las imágenes de los santos o esculturas de la devoción de las familias, y aún cuadros de los mismos santos estampados en colores previamente bendecidos por un cura que sólo dispensaba ese favor a las imágenes de madera y a las estampas y pinturas en colores.

Me figuro que, como Nicaragua era país de paludismo y anemia los curas debían alejar toda idea de contagio en las divinidades celestes, y de allí la exigencia de representarlas bien coloradas, aunque no tanto como el diablo, la suprema divinidad infernal, al que pintaban siempre en cueros, con cuernos y cola de torete, alas de murciélago, nariz de judío, boca prominente y que dejaba al descubierto formidables colmillos, cascos de burro por pies, garras por manos y más rojo que un camarón cocido. También los adornaban con barbas y muslos de macho de cabrío, los cuales le daba aspecto más horrible y eficaz para producir pánico en los fieles devotos, especialmente entre los niños y las mujeres; y formaba contraste con la imagen del Niño Dios de la Gloria, modelada por la del bello y mitológico Cupido, aunque sin alas, ni llevando arco ni flechas, pero si,

haciendo como él, ostentación de desnudez, hasta en sus detalles viriles, pintado por lo regular con un colorcito de fresa medio madura que le daba más belleza objetiva.

Había en las buenas casas puertas de lujo formadas con tableros y **esculpidos caprichosamente. En la obra "Nicaragua" de Mr. Squier, escrita en 1849** se reproduce en lámina especial la copia de una hoja de puerta esculpida en una casa de Granada, que representa a un caballero español, acaso un conquistador, montado en su bridón de campaña y con una espada corta en la mano, tal cual como las de un caballero de espadas del naípe francés. También las había de tablas lisas de cedro, con vistosos clavos de cabeza circular, de una pulgada de diámetro colocadas en líneas simétricas y a distancias unas de otros. Estas puertas, de las que no hay actualmente, tenían en su parte superior una ventanilla con reja de varillas de hierro, que se abría por la noche para la ventilación de las habitaciones cuando no había enfermos en éstas, porque entonces se tapaban hasta las hendiduras por temor al tétanos que creían llegaba a acometer con las corrientes del aire.

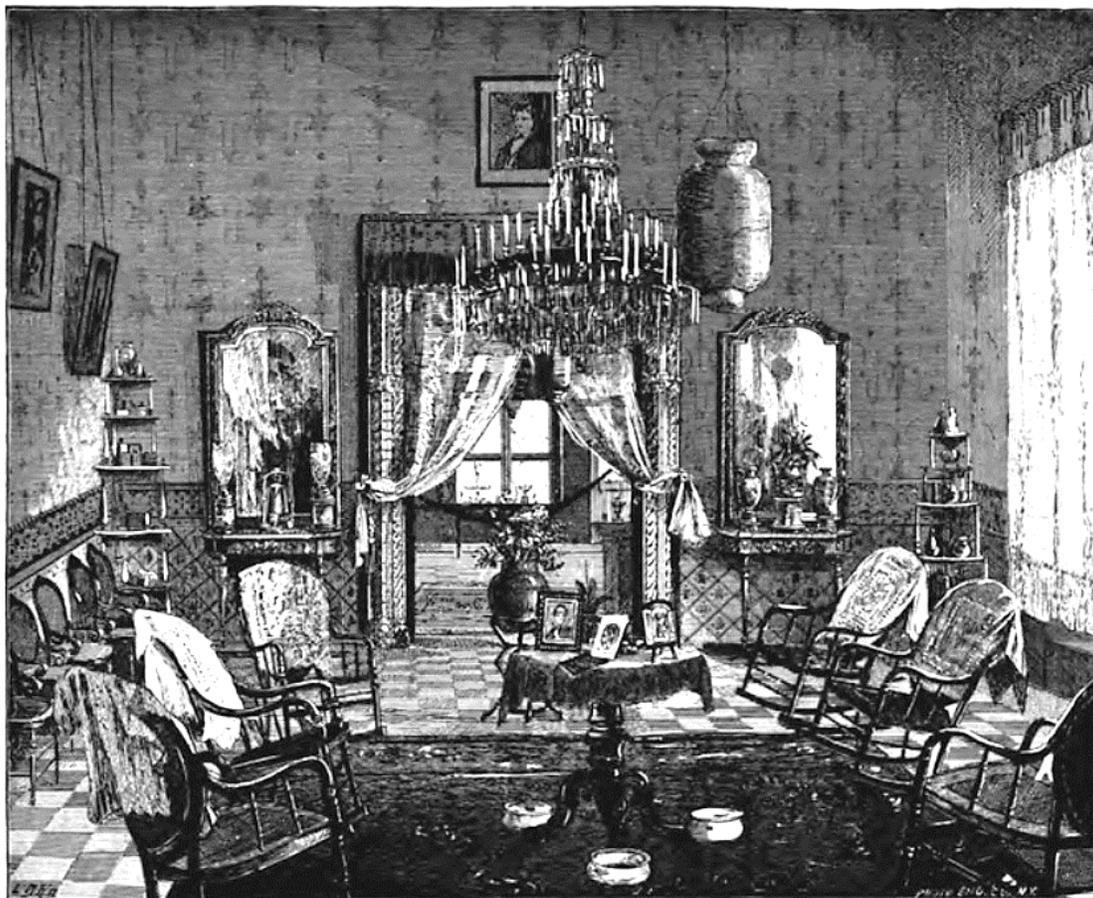


ANCIENT CARVING IN WOOD; MANAGUA.

Los piso de las habitaciones y corredores se pavimentaban con ladrillos de barro cocido, sin que los cubriera alfombra ni estera alguna; y cuando había en las salas cielos rasos, que era gran lujo, revestían las mismas formas que los tabiques, pues se hacían con tabiques anchos clavados a los tirantes del marco del artesón, se cubrían las juntas con reglas molduradas y se pintaban con cal, salvo los cielos de las iglesias y de los grandes edificios eclesiásticos, que ostentaban pinturas de aceite y dorados. En las alcobas no había tocadores, ni espejos. Verse con frecuencia en éstos constituía un pecado de vanidad, y se hacía por la noche, la cosa tenía, además, sus bemoles, pues se **corría el riesgo de encontrarse "vis a vis" con el diablo, mondando los dientes a espaldas del mirón**, lo cual no era una broma, porque aquello se creía como si fuese un artículo de fe católica.

El mobiliario de un dormitorio decente se componía de uno que otro armario barnizado a brocha o simplemente lustrado con una resina vegetal que llegaba de **Segovia y llamaban "ago", de algunas alacenas incrustadas en las paredes con puertas rústicas de madera y un cerrojo de hierro**, varios baúles en sus banquillas respectivas o en una banca común y algunas camas, haciendo juego todo esto con una hamaca, mueble que se colocaba a la vez en todas las habitaciones sin exceptuar la sala de recibo, en donde se ofrecía a las visitas como asiento de

honor. Las camas se componían invariablemente de un cuero crudo, extendido por su revés y clavado sobre un marco cuadrilateral de madera, que descansaba sobre cuatro pies elevados, a los que correspondía un pilarete, sosteniendo un toldo de cortinas, por lo general de tela rameada de color, que envolvían la cama entera, cruzándose por el frente y haciendo veces de mosquitero. Este toldo conocido con el nombre de pabellón no era solamente un artículo de lujo sino también de necesidad, pues daba protección contra los alacranes, escolopendras, salamanquesas, culebras y otras sabandijas que andaban en las cañas del techo y que, en sus movimientos nocturnos, solían caer sobre las camas de los dormitorios. Las cortinas delanteras de los pabellones se abrían durante el día,



No. 18.—INTERIOR OF A HOUSE IN GRANADA.

suspendidas por garabatos de plata, que sujetos por anchas cintas de seda con grandes lazos en las extremidades, pendía del extremo superior del pilarete respectivo. La cuestión del cuero crudo de res para forro de la cama era más bien una preocupación legada por la sociedad colonial, basada en consideraciones de higiene y en lo agradable que resultaba la temperatura siempre fresca del forro

de piel hasta en las estaciones de mayor calor, temperatura que solía atenuarse con el uso de vaquetas (piel curtidas), petates (esteras) o mantas dobles para cubierta de forro. El catre de tijeras, o cama con forro de lona, empezó a usarse en Nicaragua, después del año 1851 importado por los pasajeros americanos que pasaban en tránsito de Nueva York a San Francisco y viceversa.

Completaban el ajuar de un "aposento" nombre del dormitorio, un porrón de barro lleno de agua colocado en un plato sobre una mesa que servía de peinador y de escritorio a la vez tapado con su respectivo "guacal labrado" (media



No. 10.—BEDROOM OF A HOUSE IN GRANADA.

calabaza esculpida) que hacía de único vaso para la bebida; uno o varios bacines primitivos de **madera sin pintar o de arcilla coloradas , tapados con "guacales lisos " o de orinar, (porque las bacinillas de china eran muy raras y más aún las de plata, que sólo se usaban para ser vistas, por los prelados y altos funcionarios coloniales que ya no alcancé yo a ver); sin que hubiese tocadores ni lavatorios, por ser desconocidos los unos y usarse los otros solamente en los corredores en número de uno para toda la familia. El tocado de las personas del bello sexo se reducía por lo general a lavarse la cara y los brazos con agua fresca sin jabón y a peinarse con tuétanos de res cocidos y blanqueados al sol y al sereno, haciéndose con el cabello dos trenzas que caían sobre las espaldas o que llevaban recogidas sobre la nuca y adornadas con vistosas flores naturales.**

Como dije antes, las casas principales tenían corredores espaciosos en su interior y alrededor de los patios. En un tramo de ellos se improvisaba el comedor sin paredes ni telones, poniéndose una mesa con dos bancas laterales que servían para sentarse y un sillón rústico con brazos y forrados de cuero destinado para el jefe de la familia. La mesa se cubría para el servicio diario con un mantel blanco de algodón, que se cambiaba en los días de gala con otro bordado con hilos de colores, fabricado en los telares del país. No se usaban flores ni adornos para el comedor, ni tampoco se hacía uso de cubiertos, por ser poco conocidos antes de la fecha del tránsito americano por nuestro suelo, sino de una cuchara, aunque generalmente se comía con el auxilio de los dedos y se servían las viandas en las cazuelas, tiznadas aún de hollín que llevaban de la cocina, en lugar de fuentes de china para que conservaran el calor. En algunas casas se conservaban restos de vajillas de plata abolenga importada de España en el período colonial consistente en platos, pocillos, cucharas, saleros, salvillas etc., toscamente fabricados al martillo y los cuales se sacaban a relucir, bien limpios con arenilla, sal y ácido de limón en los grandes días de fiesta para los hogares.

Los manjares que ordinariamente se tomaban en Granada en la época de mi niñez, eran casi los mismos que se tomaban en las demás ciudades de la antigua provincia y entonces República de Nicaragua. El almuerzo se servía de ocho a nueve de la mañana y se componía de huevos, frijoles, hilachas de carne fritas y sazonadas con tomates, algunas veces arroz y chocolate sin leche, que se tomaba a sorbos con cada bocado de la comida que se llevaba a la boca; la comida se tomaba entre dos y tres de la tarde y constaba de sancocho, o sea olla de carne cocida con verduras, arroz frito colorado con achiote, algunas veces carne asada, un pocillo de caldo y un postre cualquiera, seguido de un vaso de agua que se tomaba siempre al fin, haciendo enjuagatorios antes de levantarse de la mesa. Después de esos dos tiempos venían otros adicionales: el de la siesta, entre **4 y 5 de la tarde, consistente en una jícara de "tibio" (chocolate sin dulce mezclado con pinole de maíz)** que se tomaba en cualquier lugar donde uno estuviese, es decir fuera de comedor con plátano maduro horneado y queso o cuajada o bien solamente con marquesote vidriado, hojaldra ocualquiera otra cosa de la repostería nacional; consitiendo la cena después del toque de oraciones (las 6 y media de la tarde) en una jícara de chocolate dulce (tibio endulzado con una **tortilla de maíz y un trozo de queso, o bien con una "revuelta" (tortilla de maíz amasada con queso molido) o con una "rellena" (tortilla de maíz rellena de queso molido y tostada después al fuego)** y no faltaban personas viejas que en lugar de **todo eso, prefiriesen un "pan blanco" (pan de harina y huevo sin dulce), revolcado** en aceite de olivos y sazonados con sal.

Tales eran las comidas más usadas, pero se variaban o intercalaban con otras que no eran de **todos los días, tales como el "agiaco", el "pobre", los nacatamales, el mondongo en puchero, los jocotes machacados fritos y endulzados el "picadillo", llamado también "macho lerdo" o "indio cansado"** en otras poblaciones vecinas, los guisos de vegetales con masa de maíz y huevos, los chorizos fritos o revueltos con huevos, los chicharrones (plato favorito del bajo pueblo), **el arroz con "chancho" (puerco) o con pollo, las sopas de frijoles, de albóndigas, de rosquillas de masa y queso (plato de cuaresma), las costillas de puerco fritas con plátano maduro, los pescados, cangrejos, y tortugas del lago, las iguanas de la costa, guisada con pinole blanco, la carne de venado asada al asador, los patos, piches y sarcetas (aves del pantano llamado Charco de Tisma), las cecinas de res (carne gorda secada al sol y salada) que se cocía al vapor con plátanos, y otras viandas enteramente regionales que conserva hasta la fecha la cocina nicaragüense.** El contacto de numerosos inmigrantes americanos, que pasaban periódicamente por nuestro istmo, introdujo modificaciones en las comidas. En 1873, escribía Mr. Paul Levy, residente en Granada, lo siguiente:

"Los caracteres generales de la alimentación nicaragüense, son: La sobriedad y la uniformidad; la cocina tiene por base universal la manteca de cerdo, y, en fin, salvo la gente más pobre, se come generalmente sentado a una mesa cubierta de un mantel, pero el uso de la servilleta es muy poco conocido. Hay algunas irregularidades en el uso de la cuchara, el tenedor y el cuchillo; sin embargo, sólo la gente muy común come con las manos. Un gran número de personas ha aprendido de los americanos del Norte la costumbre de llevar los alimentos a la boca con la punta del cuchillo. Muchos comen sin beber y sólo después de comida beben **agua; otros beben chocolate o café".** Los tiempos por lo regular están distribuidos como sigue; de mañana el café o el chocolate; a las nueve el almuerzo; a las tres o las cuatro la comida, y a las siete o las ocho la cena. Por café se entiende siempre café con leche, por chocolate se entiende siempre una mezcla en proporciones variables de cacao y maíz tostados. El cacao **sin maíz se llama "puro" el almuerzo comprende casi inevitablemente, huevos,** carne asada, frijoles y queso que se acompañan con café o chocolate. Cualesquiera que sean los platos que se le añadan, el almuerzo comprende siempre los que acabamos de mencionar, que son, por decirlo así, fundamentales. La comida comprende: una sopa con arroz y carne cocida que ha servido para hacer el caldo acompañada de las hortalizas del momento; después un plato de carne compuesta o pescado o ave; una legumbre de las que se han podido hallar y los postres. El arroz aparece tan obligatorio en la comida como los frijoles lo son en el almuerzo.

En la comida no se bebe más que agua, y esto casi siempre al levantarse **de la mesa. "Entre el almuerzo y la comida y por consecuencia en el mayor calor** del día casi todo el mundo toma una bebida refrescante cualquiera o come algunas

frutas, se llama eso el "fresco". La cena es muy frugal, se acompaña de un chocolate o de un "tiste". "El tiste" que pudiera llamarse la bebida nacional de Nicaragua, es una mezcla de cacao y maíz, tostada y molida y después batida en agua fría, con azúcar por medio de un molinillo. El cacao y el maíz se venden preparados de antemano, en pequeños cilindros llamados "panecillos". "El pan de trigo se hace con harina importada y cuesta demasiado cara para que su uso sea bien general. Además, la rutina hará siempre que muchas personas prefieran la tortilla de maíz, y aún no se puede negar que muchos serían incapaces de comer sin ella. Para preparar la tortilla se hace hervir el maíz con ceniza o cal para ablandar la materia "cornea", y después se muele a la mano y lo más fino que se puede, sobre una piedra grande y plana. Una vez que la masa se separa en pequeñas bolas por la mujer encargado de esta fabricación, aplasta entre sus manos, bordándolas cuidadosamente con los dedos, hasta formar un disco delgado que se expone a un fuego claro sobre una placa de barro llamada "comal", donde se cuece en algunos minutos.

"En varios puntos el pan de trigo está siempre azucarado y considerado como pastelería; se llama entonces pan dulce y se toma con el café o el chocolate. El pan propiamente dicho, lleva el nombre extraño de "pan francés", sólo se hacen panes pequeños, en forma de bollos puntiagudos de ambas extremidades. La tortilla no deja en muchos lugares de ser considerada como un objeto de lujo y es reemplazada por el verde o plátano verde cocido". Las anteriores noticias de Mr. Levy son rigurosamente exactas, pero concretadas a Granada, que iba a la vanguardia del adelanto social en aquella fecha. En León según me refería en la misma fecha el joven Horacio Guzmán, que vivió en casa de don Juan Bautista Sacasa, reputado entre los primeros de la alta sociedad leonesa, la comida se servía amontonándole porciones de las diferentes viandas a cada persona sobre la tortilla de maíz, como de una cuarta de diámetro que se utilizaba también para plato. Hay sin embargo, en el relato de Mr. Levy dos ligeras equivocaciones: la primera es llamar "tiste" y bebida nacional de Nicaragua a la mezcla de cacao y maíz tostados y molidos y después batidos en agua azucarada, porque esa bebida la más usada en Granada, lleva el nombre de "tiste de panecillo", cuando se le pone "panecillo" triturado y el de "tiste de pinolillo" o simplemente pinolillo cuando se hace con harina o pinole de maíz tostado molido y mezclado con cacao crudo, humedecidos con agua, la cual se bate con azúcar como los otros tistes y forma espuma. Se conoce también en Granada otra bebida de la familia de los tistes, muy colorada con "achiote", compuesta como el pinolillo, pero tan finamente molido como la harina de trigo y hecha además con maíz morado muy suave y farináceo, que lo distingue con el nombre de "pujagua" llevando por nombre dicha bebida el de "tata-pinol". La segunda equivocación, es decir que en

Granada llamaban puro al chocolate de cacao sin mezcla; la llamaban y lo llaman **aún “chocolate puro”, para distinguirlo del otro mezclado**. Puro simplemente sin otro agregado, quiere decir en toda la América española cigarro de hoja de tabaco.

Continuando con la descripción de las casas llamadas del centro, tenían éstas por lo regular, dos patios, enclaustrado el uno y el otro cercado con tapias de adobes. En un extremo esquinero de este último, había siempre un rincón cubierto con un pequeño cercado de tablas o de cualquier otro material que ocultase a la vista el encierro, del cual se servían para usos personales muy privados y cuyo aseo dejaban a los cerdos y aves de corral que tenían adrede. Los retretes no se usaban, salvo raras excepciones. Los guacamayos, llamados **“lapas”, los loros y las aves canoras, ocupaban el lugar bajo los corredores del primer patio**, en que existía el jardín sembrado de flores vistosas; pero sin que por eso faltasen los jazmines, los nardos a los que daban el nombre de lirios, las rosas, las mosquetas y las azucenas que eran de rigor. Los cerdos, los perros, los gatos, la cabra de leche, las aves de corral y el caballo de silla, cuando lo había, **permanecían en el segundo patio o “trascorral”, en que estaba también el pozo con su pileta respectiva**.

No había cañerías, ni carros vendedores de agua; ésta se extraía de algunos pozos que resultaban dulce (potables), o se llevaba del lago en cántaros de barro que cargaban las sirvientas sobre su cabeza y los mozos sobre el hombro; pero en la estación lluviosa se recogían las aguas pluviales en grandes cántaros que llamaban tinajones, en botijas, en damajuanas o garrafrones, en cajones o en pilas de piedra, según la comodidad de cada uno de los que lo hacían. El agua del lago además se enferma periódicamente, no recuerdo en que mes, cubriéndose de una capa de materia vegetal verde y roja que parece ser una especie de hez pulverizada de la misma materia, aunque otros la suponen descomposición del agua; pero sea lo que fuere, en esos días no puede tomarse de esa agua, y era entonces cuando se concurría a los depósitos de agua de lluvia y a los pozos de agua dulce que eran poquísimos.

El baño lo tomaban las señoras en un cuarto o pieza cualquiera de la casa, colocándose sobre una batea circular de madera y echándose el agua de un balde **por medio de un “guacal” ordinario que llamaban “guacal de mandar”** para distinguirlo de los otros. También solían tomarlo en el lago una que otra vez, yendo por la madrugada en grupo. En cuanto a los hombres, montaban entre seis y siete de la mañana, bajaban a la playa y se desvestían a la sombra de grandes árboles de espino negro y de elequeme, que quedaban al frente del desagüe del **riachuelo de “Sacuanatoya” en el bajadero de la calle real, que llamaban entonces de la Loma del Mico**, pasando enseguida a meterse al lago completamente desnudos y llevando del diestro su caballo que bañaban también con amoroso cuidado. Los hombres solían peinarse con algún aceite perfumado con rosa, bergamota o canela, afeitarse la barba cada domingo y cortarse el pelo cada tres

semanas; pero todo eso, así como el baño, si no había catarro, porque con éste ni cortarse las uñas era permitido. Cuando alguno excepcionalmente aseado **quería lavarse estando acatarrado, era llamado al orden con aquello: "vale más tierra en cuerpo que cuerpo en tierra", que era como una especie de regla para bien vivir.**

CAPÍTULO V

Continuación del tiempo viejo

Volviendo a las casas principales de Granada, éstas terminan su salas de recibo, tales como dije en el capítulo anterior; pero fueron así antes de la fecha en que comenzó el tránsito interoceánico por Nicaragua pues las posteriores que alcancé yo, no tenían ya la tradicional repisa de santos, que pude conocer todavía en Masaya y en otras poblaciones de segundo orden, aunque las de Granada se mantuvieron siempre con sus antiguas paredes lisas y blancas de cal desde arriba hasta abajo, sin cielo raso y con sus muebles rústicos de antaño, que consistían **en numerosos "taburetes" (sillas cuadradas, sin brazos y con forro de suela), colocados a lo largo de las paredes, uno o dos "butacas" de las señoras (banquillas forradas con tafilete rojo), una mesa cuadrada en el extremo, o bien redonda en el centro, una guarda brisa sobre ésta, un espejo mediano colgado de la pared transversal, dos o cuatro estampas encuadradas, por lo regular de santos formando juego con el espejo; una hamaca de fibra torcida y un farol de vidrio, colgante de una viga central, en que se colocaba la vela que alumbraba por la noche. Hasta en 1858 se introdujeron silletas extranjeras con forro de junco entretejido, siendo mí casa una de las primeras que pudo lucirlas. El alumbrado con petróleo se introdujo hasta cinco o seis años, después que las silletas, en quinqués y lamparitas para salas; fue tomando rápido incremento, de tal modo, que en 1871 se hizo extensivo a las calles de la población por esfuerzos e iniciativa de don Emilio Benard.**

Las cocinas de las mismas casas principales ocupaban piezas grandes del **segundo patio, quedaban cerca del pozo que proveía de "agua de mandar" o sea agua del servicio doméstico, distinta del "agua de beber", que se colocaba por lo general a la derecha, se ponían los "tenamastes" o sean piedras grandes colocadas en triangulo y con espacio suficiente para poner entre ellas las rajadas de leña con que se hacía el fuego para cocinar. Sobre los "tenamastes" se calentaban los cómales, las ollas y los demás trastos de cocina, casi todos de barro, y como no había chimenea, el humo corría libremente en todas direcciones, cubriendo de hollín las paredes, el techo y hasta los corredores y cuartos inmediatos. Sobre el**

“cocinero” existía a dos o tres varas de altura el “tabanco” o tapanco, montado sobre horcones y cubierto con varillas que dejaban pasar el humo, en el cual se guardaban los quesos y cuajadas, la sal en cajones, la carne salda y hasta el maíz en mazorca para librarlo de la polilla. El mueble principal de la cocina cerca del “cocinero”, era el “molendero” o sea el banco de tablones, o de varas gruesas en que se mantenía la piedra de moler maíz, bien cocido y usado hasta hoy en Nicaragua, y en la cual se trabajaban las tortillas que servían de pan para la comida, y el pinol “(pinole) y pinolillo “para el “tiste” y el “tibio” de uso constante. En el interior de la cocina, y con más frecuencia en el corredor inmediato, estaba el “tinajero, banco movedizo de madera labrada, algunas veces con cubierta y forrado con reglas a derredor, en el cual se colocaban las tinajas de barro llenas de “agua de beber” y tapadas con “guacales” blancos que servían de vasos, teniendo un espaldar con estaquillas para colocar las jícaras y los molinillos de la fabricación del “tiste”. La vasija de la cocina se componía de un comal, algunas ollas, cazuelas y jarrillas de barro, un jarro de hoja de lata para el agua cocida, un caldero grande y otro pequeño de hierro colado, un asador de hierro, algunos cucharones de jícaro (calabaza) un juego de bateas ovaladas de madera de “pochote” o cedro espino”.

He hablado de las casas principales, que son las que pueden dar una idea aproximada del estado de adelanto de la época pasada. Las casas de los barrios, así como de las poblaciones de segunda orden, diferían bastante de las que he descrito, pues se levantaban sobre horcones con paredes de cañizo embarrado y con techos de tejas, trabajados con menos formalidad o bien de palma o de paja sin piso de ladrillos y con diferentes arreglos interiores, según la calidad de las personas, que la ocupaban. Todo eso existe aún y no necesita ser recordado para conocerse. El alumbrado de las casas se hacía con velas de sebo en las salas y los aposentos, y con candiles de manteca de puerco o de aceite de coyol en los corredores y cocinas. Se usaban en ocasiones la vela de estearina, que llamaban **“candela de esperma”, para las recepciones y fiestas. Estas velas se repartían** también sin encenderse y eran obligatorios en los entierros de las personas ricas, o acomodadas, y formaban el aliciente de la concurrencia. Estuvieron en rigor hasta 1884, que se suprimieron por primera vez en los funerales de mi abuela doña María Reyes.

Las iglesias se alumbraban con cirios sobre los altares y candiles en vasos de vidrios en pantallas colgantes de las paredes sin perjuicio de la lámpara de aceite vegetal, del Santísimo, que vivía constantemente encendida, y de los faroles de vidrio que colgaban de las arcadas interiores del techo, y de las arañas de hoja lata y espejitos, en forma de dos conos unidos por sus bases respectivas, con fondo de telas de color y unas cuantas palmatorias en rededor, que se usaban en los días de las grandes solemnidades. Supongo, sin embargo, que antes del incendio de Granada por los filibusteros de Walker, debió haber habido también

arañas de cristal venecianas, porque en los escombros solían encontrarse después, algunos prismas de distintas formas que denunciaban su origen. El alumbrado de las calles se hacía por los vecinos a los que se obligaba poner en sus puertas, desde las 7 a las 9 de la noche, un farolito con una vela encendida, farolito que no siempre era de vidrio, sino de pellejo de res, pegado sobre un cuadrilongo de reglas de madera. El uso de cortinas en las iglesias y en las salas de recibo, sólo existía cuando se trataba de recepciones o solemnidades. En las iglesias se usaban damascos con grandes fleco o tela remendadas y vistosas para los días de festividades del culto, o paños neutros para los oficios fúnebres; y en las salas particulares, cuando había bailes o grandes recepciones y fiestas, se ponían también cortinas, por lo regular de gasa blanca o limón cambray, orladas con encaje de algodón del mismo color y atadas en su parte media con lazos de listón de seda celeste o color rosa.

Los vestidos, tanto de hombres, como de mujeres, se hacían siguiendo bastante lejos de las modas europeas, con telas de algodón y algunas veces de lino, debido esto al calor de la temperatura y también al menor precio a que se conseguían. Los trajes de lana para hombres o de seda para las señoras se reservaban para los grandes días y festividades. Un vestido de paño o de casimir se guardaba cuidadosamente, se usaban por varios años por su lado derecho, otros por el revés; y cuando llegaba a su decrepitud, era cortado para los muchachos, a quienes iba sirviendo a medida que crecían a la altura del primero que lo heredaba. Otro tanto pasaba con los trajes de seda y pañolones de burato de las señoras que vivían sin modificarse nunca y servían a todas la descendencia femenina y ramas colaterales, durante muchos años. En las casas había, además, un cuarto que llamaban de los baúles o de la ropa lavada, en el cual se archivaban la ropa usada de las mayores. Allí se proveían los menores de los elementos para su vestido ordinario o sea de los días de trabajo. Los camisones viejos de raso desteñidos y los demás rezagos de la ropa blanca se transformaban en camisas; los calzones de dril o de cotí se recortaban a la medida del heredero, si el crecimiento era precoz, se le añadía lo necesario o se le adjudicaban al hermano menor; adoptándose el mismo procedimiento respecto a la chaqueta, cuyas botonaduras eran de hueso. Estas prendas del vestido se llevaban a reajo pelado porque los calzoncillos y las medias eran superfluidades, buenas solamente para **las personas de respeto. Las camisetas, que llamaban "camisolas", cuando eran** para hombres, no se usaban de punto, por lo general, sino de tela blanca de algodón o de manta lisa cruda, y aun los calcetines eran sustituidos por algunas personas por sacos de tela blanca que estaban sobre las piernas. Don Salvador Sacasa, hijo del coronel Sacasa, al que conocí por el año 1866, no usaba otras medias.

El calzado, generalmente usado era el conocido con el nombre de **"polainas"**, para los hombres, y de **zapato bajo** para las mujeres. Las polainas eran zapatos orejones, muy semejantes al conocido zapato de campo de los labriegos americanos, aunque menos gruesos y sin clavos en las suelas, pues se las estaquillaba con **"espiches"** (estanquillas) de madera de mangle. La **"capellada"** (el forro superior) era de cuero **"topetado"** negro o bien de color ruibarbo, hecho con piel de venado, curtida con tanino, o de **"cuero de lustre"**, que era el mismo cuero topetado envuelto por su parte lisa, pintado de negro y lustrado con cera y tinta de añil, o bien, y éste era excepción, de cuero de becerro inglés importados. Las **"polainas"** tenían dos orejas semicirculares en sus extremidades, en cuyos ojetes se pasaba una tira fina del mismo cuero del zapato, que hacía las veces de un cordón, y con ella se amarraban sobre el empeine del pie. Los clérigos usaban zapato bajo con hebilla, sobre media negra alta hasta la rodilla que llevaban al descubierto con los calzones arremangados. Los **"gamonales"** (señores honorables), usaban botas comunes de becerro, con tacones altos hasta de una pulgada a bajo de la rodilla, que llevaban siempre bajo los calzones de dril militar (blanco de lino) que era distintivos de las personas ricas. Los elegantes usaban botas de charol con calzones de tafilete celeste o rojo. En cuanto a las damas, su calzado era siempre bajo, a la altura del juanete; de boca cuadrada, ribeteada con cinta, cocido y sin tacones, los usaban de raso, bordados con seda de colores para el vestido de gala, y de pana negra o de color terciopelo de algodón para las demás ocasiones. Se usaba para andar en casa, y también por las mujeres de la **clase pobre, para la calle, zapatos de "topetado", de casimir y hasta driles.** Los calzones de la gente elegante llevaban siempre peales, o sea una fajita del mismo género que los sujetaba al calzado, pasando por debajo de la curva del pie. La moda en lo relativo a los calzones tardaba muchos años y fluctuaba entre calzones apretados y calzones flojos, llamados **"rifles"** los unos, y **"suaves"** los otros, y entre calzones de mandiles y calzones de bragueta. Un anciano, don Francisco Lacayo, alto y enjuto de cuerpo, que vivía en la calle del Consulado, detrás de la iglesia de la Merced, era el campeón de los calzones rifles de mandil, que jamás dejó de usar; y otro señor, viejo y robusto, a quien decían por mal nombre **"Fundica"**, era el campeón de **Xalteva el de los calzones nuevos de bragueta.** En lugar de levita o americana, se usaba la antigua chaqueta corta, que imperó hasta 1851, en que hubo inmigración extranjera.

En lo que respecta a los señores de la clase pudiente, usaban éstos como **traje de gala el "túnico "de seda (saya con corpiño emballenado de la misma tela)** sobre mucha ropa interior bien planchada, se cubrían los hombros con el pañolón o mantón de la China bordado en colores y los perfumes de moda eran el patchouli y las aguas de tocador. El sombrero lo usaban las señoras solamente para montar a caballo pues para salir a la calle se cubrían con un pañolón doblado diagonalmente en dos mitades, echado sobre los hombros a modo de manto, llevando la cabeza descubierta y adornada con flores naturales. Solamente cuando

entraban a la iglesia o durante las procesiones y ceremonias religiosas se cubrían **la cabeza con el pañolón. Las demás mujeres usaban "rebozos" (chales)** de fábrica especial, manufacturados en los telares del país con hilo de algodón, o con seda, o con hilo y seda mezclados, y se vestían con una falda sin talle sobre las enaguas de tela blanca, y una camisita escotada y muy corta de mangas, cuya tela transparente dejaba adivinar, y a veces ver, todos los contornos del busto. Las indias usaban una manta rayada, que envolvían sobre las canillas, cruzándosela **por la cintura, en lugar de saya, y el "güipil" tradicional en vez de camisa, que se** quitaban al regresar de la calle, permaneciendo en la casa con el busto enteramente desnudo. Los artesanos y los obreros andaban descalzos, vestían calzones de dril de algodón y camisa cerrada de zaraza o de indiana, sin chaqueta ni blusa encima. Los calzoncillos anchos de manta cruda que llevaban arrollados hasta cerca del tronco de los muslos, se cubrían la cabeza con sombreros de palma de anchas alas y se calzaban con caites.

La fiesta más solemne, rumbosa y alegre, con la cual pasaban soñando todo el año, hombres, mujeres y niños, era la de Semana Santa, para la cual se compraban los vestidos nuevos y se reservaban las preciosidades de la indumentaria abolenga. La semana Santa principiaba en Granada, desde el sábado de Ramos, en que también comenzaba la vacación general de escuelas y talleres y en cuya noche bajaban toda la población a la playa a recrearse con la vista del lago, a gozar de la luna y de las frescas brisas, a bailar con música, a jugar juegos de prenda y sobre todo a comer frutas, que se vendían escogidas y en abundancia, en montones escalonados a lo largo de la costa. El Domingo de Ramos, lo mismo que sucede hogaño, era llevada la imagen de Jesús al templo, con hábitos morados, sombrero verde de teja, a horcadas sobre una burra de orejas doradas y rodeado del clero y del pueblo, todos con ramos, a palmas tejidas, más o menos adornadas, a su encuentro iban los munícipes de frac y chistera a entregarle las llaves de la ciudad, incorporándose a la procesión hasta su entrada a la iglesia de la Parroquia. Los días lunes, martes y miércoles, aunque se celebraban con procesiones y oficios eclesiásticos, no eran en rigor más que los preliminares de los dos grandes días culminantes, jueves y viernes santos, en los que hasta otra brisa parecía soplar, tal era el respecto, la grandeza y la solemnidad de aquellos celestiales días, en que la sugestión bíblica se hacía sentir y saturaba la atmósfera. En esos días preliminares había en todos los hogares una buena provisión de rosquillas de manteca (maíz cocido amasado con sal y manteca y puesta al horno) **y de "pinolillo", con la cual se obsequiaba a los visitantes y se regalaba a las** familias. Desde el miércoles por la tarde se apagaban los fuegos en las cocinas y se guardaban comidas frías, sin nada de carne para la alimentación, durante los grandes días, que eran de ayuno y paseo, y en los que se prohibía toda ocupación,

porque “estaba el Señor en el suelo”. El jueves Santos era el día clásico para dejarse ver en las calles, luciendo “estrenos”, visitar los monumentos, hacer las estaciones, desde Xalteva hasta San Francisco, ver los huertos y pasear con la luna la Procesión del Silencio.

Mi padre, cuando yo era niño todavía, se vestía de riguroso paño negro desde muy temprano del Jueves Santos, con un frac, bajo de talle, de solapas anchas y mangas estrechas; chaleco de raso negro brillante con bordados **palmeados de seda azul turquí; calzones “rifles” también negro; corbata de medio pañuelo, de tafetán negro y botas de becerro muy lustrosas, cubriéndole la cabeza una monumental chistera, que supongo haya sido contemporánea a las gloriosas Cortes de Cádiz de las que confisco Ordóñez en la barca “Sinacán”** Mi madre amanecía también de veintiún alfileres, luciendo su gran traje de gró negro, bordados con realces de terciopelo, adornados con nueve vuelitos de barbas deshilachadas, cerrado y con un cuellecito de pequeñas cuentas blancas, tejido como encaje, que le caía sobre el nacimiento de los hombros. Llevaba mitones de punto negro, hasta medio brazo, que dejaban ver los anillos de piedra preciosas que adornaban sus dedos, y echada sobre los hombros una manteleta transparente de seda, igualmente negra y rameada con aplicaciones de gró. Vestidos así, mis padres, salían del brazo para la iglesia de la Merced, que hacía de parroquia, desde el incendio de Granada, a oír los divinos oficios y a comulgar mi madre solamente. Regresaban a almorzar con comidas frías y sardinas en conserva y se dedicaban después a recibir y atender a las numerosas visitas que llegaban a ver pasar las estaciones, porque nuestra casa quedaba en la Calle Real; **y era entonces cuando salían a relucir los platitos con “curbasá”, las blancas rosquillitas y las aseadas jícaras de espumante “pinolillo” sin azúcar, que se tomaba a sorbos con cada cucharada de mermelada.** A las tres de la tarde se celebraban los oficios del Lavatorio anunciado por toques de matraca en lugar de campanas, porque era prohibido que sonaran éstas antes del sábado, y a ellos concurrían, tanto los magistrados y jueces, como los municipales, los **“gamonales” y las damas del “centro” (alta sociedad), vestidos de ceremonia, los militares de gran uniforme y el clero con sotana y manto de seda, zapatos de charol, sombrero de teja del brazo izquierdo “capocete” (solideo) en la cabeza; y un paraguas de seda color púrpura o rojo, o verde, en la diestra.**

Terminado el Lavatorio, que correspondía hacerlo al Gobernador Militar, auxiliado de otros dos altos funcionarios, salían la concurrencia en cuerpo, presidida por el clero rezando las estaciones por las calles del trayecto. De la iglesia de la Merced tomaba el cortejo la Calle Real con rumbo al occidente y entraba a la iglesia de Xalteva en donde se arrodillaban todos durante algunos minutos. Salían después de regreso sobre la misma calle, entraban de nuevo a la Merced, iban en seguida a la Parroquia y después a San Francisco, lugar de la 5ta. estación y término de todas las comidas y poco después se daba principio,

en traje menos riguroso a la visita de los monumentos y de los huertos en todas las iglesias. Los primeros constaban de una gradería semicircular de tablas pintadas, o forradas con papel tapiz, que ocupaban todo el presbiterio y terminaba con un tabernáculo debajo del cual se colocaba la urna en que se depositaba el copón de las hostias consagradas, hasta el sábado de Gloria. Las gradas estaban cubiertas con macetas de flores artificiales y con numerosos candiles de aceite en copas de vidrio blancas y de color, que irradiaban matices de luz. En cuanto a los huertos se formaban con cercados de caña, forrados con hojas verdes y flores de corozo, a la entrada de las naves laterales, entre los cuales y sobre un lecho de frutas tropicales se colocaba una imagen de Jesús. Cuidaban del huerto, para que **no se robaran las frutas, los "mayordomos" y sus dependientes, armados de "chipotes" que consistían en una pelota de cera amarilla pegajosa, sujeta la** extremidad, de una cuerda que llevaban empuñada, y con la cual asestaban golpes a la cabeza de los roba frutas, trayéndose mechones de pelo, adheridos a la cera.

Era el Jueves Santos como dije antes, el día de los estrenos, en el cual **amanecía toda la población "nuevecita", pues hasta los más infelices lucían alguna** prenda nueva del vestido, que salían a ostentar por las calles y templos, desde la mañana, hasta altas horas de la noche y aún de la madrugada inmediata, en que entraba la Procesión del Silencio, o del Prendimiento, que salía a las doce y en la sacaban la imagen del Nazareno, vestida con alba túnica, maniatada y con los ojos vendados. La procesión recorría lentamente la mayor parte de la ciudad, al toque de un clarín que tocaba silencio en cada bocacalle, seguido de un canto en voz de pregón, que entonaban los músicos, en que anunciaban que Pilatos **"mandaba azotar al Inocente Cordero". En el día siguiente** continuaban luciendo los estrenos. Desde temprano de la mañana la concurrencia era numerosa en los templos, presenciando los oficios del viernes Santo. Después se hacía el rezo del Vía Sacra en el interior del templo, se regresaba a almorzar; y luego, a la 12, se asistía a la procesión del Vía sacra, llamada también de los judíos. Tornaba a salir la imagen del Nazareno, vestido con una túnica morada galoneada de oro; la tradicional corona de espina en la cabeza, la cruz sobre el hombro derecho y el rostro y las manos convertidas en verdadero mosaico de rojo y azul, para representar heridas y magulladuras fantásticas. Del cuello pendían dos cuerdas que llevaban asidos los judíos en la procesión o sea la turba de mocosos, vestidos extravagantemente, con los pies descalzos, los calzones arremangados, la cara pintada con achiote y hollín, y armados de lanzas y látigos. Los judíos eran numerosos, corrían adelantándose y golpeando a los que encontraban al paso, y volvían al lado de la imagen a insultarla con vociferaciones groseras y a descargar golpes sobre ella, y más especialmente, sobre un infeliz que llevaban maniatado y vestido de Jesús, al cual escupíanle el rostro y maltrataban a como se le ocurría.

En cada estación o cruz, había un tablado al descubierto en el que se representaba bastante, profanamente, algún episodio de la pasión, que concluía con vociferaciones contra Jesús Nazareno, gritos descompuestos y zurriagazos al Cristo vivo.

Entre dos o tres de la tarde se concurría al templo a oír el sermón de las Siete Palabras y a presenciar en seguida el descendimiento de la cruz, o sea la quitada de la imagen del Señor del Sepulcro, de la cruz en que se le colocaba en aquella hora. Durante los oficios y ceremonias del culto en la iglesia, tanto las damas como los caballeros, por empingorotados que fuesen, no tenían más asiento que el suelo, en el cual se hincaban y paraban los últimos, mientras las señoras se hincaban y sentaban de plano, aunque haciéndolo algunas sobre **pequeños "petates" que tendían en el suelo** para salvar del polvo y manchas sus vestidos de lujo. La procesión del Santo entierro se hacía dos veces en el mismo día: una por la tarde, que salía de la iglesia a San Francisco, entre 4 y 5 entraba de regreso a las 8 de la noche, y otra que salía del Calvario de Xalteva a las 9 de la noche, y entraba de regreso después de las 12 de la misma noche. A las dos procesiones se asistían luciendo nuevos trajes, pero se exceptuaban los **"gamonales" y las grandes damas que llevaban siempre sus trajes de ceremonia** y luto del día anterior y se colocaban en filas separadas ambos lados del sepulcro, **llevando en la mano "candelas de esperma", o cirios los que se encendían hasta** en la procesión de la noche. Los caballeros tenían mucha honra cargar sobre sus hombros las andas en que iba colocado el Santo Sepulcro, de vidrios transparentes, con juntas doradas y vistosas ramilletes de flores blancas artificiales. Para alcanzar ese honor y ganar al mismo tiempo indulgencias se pagaba un impuesto a favor de la iglesia, debiendo alternarse los cargadores en cada cuadra o boca calle. La procesión de la tarde era sin disputa la más solemne, la más lujosa y la más concurrida de todas las conocidas, y cerraba su marcha un batallón cívico con el pabellón enlutado, las caras destempladas y las armas a la funerala. En la tarde del viernes se acostumbraba a colgar de un asta un muñeco vestido de clérigo, que representaba a Judas ahorcado. Otras veces se le colgaba de la baranda de la torre. Aquello era grotesco, pero alentaba la fe católica del pueblo, soliendo antaño para mejor lograrlo, ponerse al pie de la horca un papel **con letreros "ad hoc", de los que recuerdo todavía uno que decía así:**

*Yo soy Judas Iscariote,
Aquel que a Cristo vendió
Cuantos de los que me miran
Serán más Judas que yo.*

El sábado se cantaban "gloria" en la iglesia principal, o en todas a la vez, y se anunciaba al pueblo por un repique general de la campana, que era correspondido en todas las casas con disparos de bombas, cohetes, triquiraques,

etc. Encendíanse entonces los hogares apagados desde el miércoles, se mataban reses, cerdos y aves para el consumo y se entraba de nuevo a la vida ordinaria, **que se iniciaba con el “Testamento de Judas” pasquín muchas veces indecente** en que se hacían legados de especies desagradables a lo mejor de la sociedad. Los **“estrenos” continuaban hasta el domingo y se lucía en las dos procesiones del** Resucitado que salían, una por la mañana y las cinco, y otra por la tarde a la misma hora. En la primera se acostumbraba un acto infame, que fue abolido en 1863 por el presidente Guzmán. A la salida y entrada de la procesión, el batallón que hacía los honores militares se arrodillaba, rindiendo las armas con la cabeza descubierta, y luego tendían en el suelo el pabellón nacional para que sobre él pasara pisoteándolo el clérigo que llevaba la custodia. La Semana Santa, a pesar de su aparato religioso, era más bien una festividad pagana de jolgorio y ostentación social, y se observaba con frecuencia, que nueve meses después de su fecha había un aumento de nacimientos ilegítimos bastante notable, siendo muchos de estos producto de diezmos y primicias que algunos eclesiásticos dicen solían cobrarles a casadas y doncellas, respectivamente, decir que se conforma con el hecho de que todos los clérigos de Granada procreaban y mantenían en sus hogares a hijos espurios que llevaban el apellido paterno y ocupaban lugar en la sociedad, como si hubieran sido legítimos.

Ya que he hablado de fiestas religiosas, me referiré también a otras, bastante solemne y alegres de celebración periódica, que formaban el contento de la población y la llenaban de orgullo. Las fiestas de Navidad ocupaban un lugar preferente entre las más alegres y populares. Precedíanlas con los novenarios al Niño que se rezaban en todas las casas en que había alguna imagen de madera que lo representaba. Para esto se improvisaba un altar en la sala de recibo, se **invitaba a los vecinos y amigos que ocupaban asiento en los escaños y “taburetes”** que a modo de lunetas, se colocaban de previo, y luego se daba principio a la conocida y popular novena, escrita en décimas castellanas, cada una de las cuales terminaba con este estribillo, que se cantaba en coro por toda la concurrencia.

Ven dulce amado mío

No tardes en venir

“Nazca” nuestro Emmanuel

“Para con El vivir”

Al mismo tiempo que una muchedumbre de mocosos, que recorría la población en grupos, invadiendo las casas de rezo, hacía dúo con la algarada atronadora de pitos, cuernos y conchas marinas, que tocaban a todo pulmón en honor al Santo Niño. Concluido el rezo se repartían alfajores de pinoles con miel

gorda, vasos y aguas frescas, copitas de ponche de leche y huevos, rajitas de caña dulce y golosinas. En la Noche Buena había cena en todos los hogares, **compuesta de "nacatamales" y "sopa borracha", la cual se tomaba después del repique de las doce de la noche, que anunciaba el término de la vigilia del día 24, en el que no se podía comer carne, y después también de haberse oído "la misa del Gallo", que se celebraba a las once con el mismo ruido atronador de pitos, cuernos y conchas del público devoto, que soplaba tanto más duro cuanto más fe religiosa tenía. El "nacatamal" o sea "tamalnahualt" o tamal de los nahuales, según Thomas Gage, era el mismo de nuestros días; una empanada hecha con masa de maíz cocido, batido con manteca de puerco, colorada con achiote y muy condimentada a la que se le incorporaba arroz, trocitos de carne de puerco con tocino, envolviéndose todo en paquetes de hojas de plátanos, atado con fibras de estas, para ponerlos a cocer a fuego vivo, durante seis horas. La sopa borracha se preparaba con marquesotes con caldo de agua azucarada, mezclada con vino dulce. En la Noche Buena había también "coloquio" o sea sainete público con pastorela, en un tablado que se levantaba en la plaza y sobre el cual se representaba desde los preliminares del santo parto, hasta crucifixión de Cristo, la cual se verificaba entre 4 y 5 de la madrugada. Durante el primer acto salía José y María, tocando de puerta en puerta en solicitud de un lugar para el nacimiento, hasta dar con el establo de Belén en el que se acomodaba la Señora y nacía el Divino Niño. Aparecían enseguida los pastores, vestidos de Arlequines danzando a diestra y siniestra y cantando en coro:**

Venid pastores, Vamos a Belén, A ver a María y Al Niño también

Después llegaban los reyes Magos, "los tres reyes de Oriente, frío, mojado y caliente" (según gritaba el pueblo) y se iba avanzando progresivamente en la representación de la vida de Jesús, hasta llevarlo al Calvario y dejarlo en el suplicio, hora en que caía el telón y el respetable público se retiraba bostezando. En la Noche buena, además principiaban las "entregas" que continuaban en las demás noches de pascuas. Consistían en una procesión de carácter festivo de la imagen del Niño, a la que iban a sacar de la iglesia, después de habersele dicho una misa especial, llevándola debajo del palio o simplemente debajo de un paraguas a la casa del "nacimiento", paseándola por las calles con música, entre mechones y cirios encendidos, juegos de pólvora y el indispensable acompañamiento de pitos y sonajas hasta ser entregado por la madrina en manos de la dueña del Niño, la que obsequiaba con dulces y refrescos y muchas veces con una "chapandonga" (baile de confianza). A las doce de la misma noche se abrían los "nacatamalitos", en las casas en donde los había. El nacimiento, según el decir de un centroamericano, "no era un altar", ni tampoco un monumento, sino una obra de arte, sin rito, sin antecedentes ni consecuentes". Se colocaba en el centro o en uno de los ángulos del salón, sobre un tablado, y tenía por fondo telas engomadas y llenas de quiebres, cubiertas con arenillas negras del lago y

aserrines de color, semejando riscos y montañas en cuyo centro y en una concha se colocaba al Niño entre San José y la Virgen, el buey y la mula, que constituían la sagrada familia, del recién nacido. En la cúspide de la montaña se veían chozas rodeadas de indios, árboles y una vía sobre la cual se destacaban los Reyes Magos a caballo y seguidos de cielo lucían un sol de papel dorado y la luna y las estrellas de papel plateado, desprendiéndose de estas algunos hilos también plateados que semejaban reflejos luminosos, entre los cuales flotaba un ángel con una cinta en **las manos, en la que se leía: "Gloria in Excelsis Deo".** Sobre la mesa del escenario había un mundo de muñecos, o figuras de toda clase, y con especialidad de barro cocido, imitando estas últimas a los indios en el mercado y a personas del vecindario, muchas veces caricaturándolas, aunque todo ello entre paisajes distintos, bien a orillas de lagos formados con vidrios de espejos, cubiertas sus orillas con arena, bien entre calles interminables de espejos combinados, bien a las sombras de portales, bien entre jardines o paseos o presenciando juegos de gallos o circos de toros, o procesiones religiosas. El nacimiento de mayor **nombradía en mi mocedad era el de los "YUYAS", en la calle del Palenque, cuyas** figuras, hábilmente trabajadas en barro y pintadas lo suficiente en el nacimiento terminaba el 6 de enero, día en que se cerraban los nacimientos y se abrían de nuevo las escuelas.

Otra fiesta de renombre era la del 8 de diciembre de la Virgen de Concepción, patrona de Granada que duraba ocho días. Tres días antes salía de **casa de la mayordoma el "cartel" o procesión carnavalesca** de anuncio, con carretas alegóricas de algún suceso público y seguido de una muchedumbre de **enmascarados de la plebe, vestidos ridículamente con harapos de "gamonales" y** grandes damas, a los que caricaturaban en sus personas y costumbres, bailando al compás de una alegre música de viento y golpes al tamborón, entre el constante ruido de los cohetes y bombas y saludos por los gritos del pueblo. El día 8 comenzaba la solemne función de iglesia con su Majestad, patente, vísperas y visitas de altares por la tarde y noche; solemnizadas estas últimas con repiques **y también con sargas de bombas, palmas de cohetes y disparos de "cámaras" o** sea morteros de hierro atascados con pólvora y ripios de ladrillo, que sonaban con disparos de artillería. La celebración del dogma de la Inmaculada Concepción se hizo por primera vez en Centroamérica en 1855, época en que en Nicaragua no había paz ni menos fiestas; pero la celebración de la Virgen de Concepción, Patrona de Granada, se hacía en esta ciudad desde los tiempos del coloniaje español. Refiere la tradición que, en aquella época de imágenes aparecidas, bajadas del cielo, divisaron un día los frailes de San Francisco, con el auxilio de un telescopio, un gran cajón de madera, que bogaba sobre las olas del lago con rumbo a Granada y contra viento y marea, indicando desde luego algún suceso

milagroso. Persuadidos de éstos los benditos padres se apresuraron a dar parte al Muy Noble Ayuntamiento de la ciudad, y éste hizo salir en el acto, varias embarcaciones que fueron hasta las isletas, a cuya altura flotaba el gran cajón, y le dieron caza. Llevado que fue al Cabildo, entonces en sesión permanente, fue abierto por los mismos frailes en presencia de casi toda la población que había concurrido, llevada por la curiosidad, y en su interior se encontró otra caja de hoja de lata, dentro de la cual apareció la bellísima imagen de la Virgen de Concepción que fue llevada a la Parroquia, bendecida, colocada en el altar mayor y declarada Santa Patrona de Granada. Después de algunos años de haber sido declarado en dogma de la Inmaculada se estableció en Granada, llevada de León **la costumbre de "gritar la Purísima", que subsiste hasta el día, en la noche del 7.** Ya que hablo del dogma de la Inmaculada, debo hacer presente que su invención no data del pontificado del papa Pío IX., según asegura Guerrazi, autor italiano, la iglesia de Lyon instituyó ese dogma en el año de 1184. San Bernardo envió una epístola, amonestando severamente por esa novedad (epístola 174), y el concilio de Oxford la condenó en 1222. Los dominicos fueron partidarios de San Bernardo y contrarios a los frailes franciscanos; pero Juan XII prohibió a los fieles, bajo pena de excomunión, ocuparse en tales controversias.

Es más que probable que, no obstante, la prohibición papal los frailes franciscanos de Granada persistieron en el tema de la concepción sin mácula y de allí que antes de la declaración del dogma de Pío IX establecieron la devoción de la Inmaculada Concepción, haciendo Patrona de la ciudad a la imagen. La procesión de la Virgen mencionada salía en la tarde del día 8, en la cima de una elevada nube cónica, formado con tela blanca engomada y cubierta con numerosas flores y adornos brillantes, la cual se montaba sobre el camastro de la carreta, de la que tiraban los devotos y era paseada solamente por las calles con sus correspondientes séquitos eclesiástico, musical y militar. En ese día había recepciones en las casas de las Conchas y Conchitas, a quienes se daban los días, llevándoles algún regalo, acompañado con música y cohetes. Durante las fiestas de Concepción y también durante las de la Virgen de la Asunción, de Xalteva, el 15 de agosto, solía haber corridas de toros en las plazas fronterizas de los respectivos templos.

El circo llamado "barrera" se improvisaba con una cerca de taquezales "(estacones de varas gruesas), o "cañas bravas" (bambúes), colocándolas horizontalmente hasta cierta altura. En el centro de la plaza así cercada, se fijaba un horcón llamado "bramadero" el cual se amarraba el toro para ser ensillado con una albarda de "sabanero", sobre la que se acomodaba el jinete provisto de fuerte espuelas y con un buen látigo que aplicaba incesantemente al cuerpo del toro, durante sus corcovos, hasta hacerlo balar, desesperado y buscar alguna manera de romper la barrera, momento que aprovechaba el jinete para apearse fácilmente, asiéndose a ésta, si había tenido la felicidad de no ser derribado. El

juego de toros en Nicaragua, tanto antaño como ogaño, poco ha tenido de sangriento y cruel, y ha sido muy distinto del que se acostumbra en España. Se traían los toros de las haciendas del llano de las de Chontales, escogidos entre los menos mansos, y a las puertas de la ciudad les iba a encontrar una cabalgata de jinetes con los caballos adornados con flores y cintas en la cabeza y la cola respectivamente, precedidos de la música y el tamborón y disparando cohetes por todo el trayecto hasta llegar a la plaza siendo entonces saludados por los repiques de las campanas que no faltaban en ninguna fiesta y las ruidosas aclamaciones **de la muchedumbre. Aquello se llamaba el "tope" y formaba parte de la festividad tan importante, como que no quedaba señor ni señorita que no fuese o caballero en su "penco" a tomar lugar en el "tope". El toril estaba contiguo a la barrera y de esta pasaba a la plaza, de uno en uno, para ser jugados al compás de un alegre fandango música por el estilo con golpes del tamborón y redobles de platillos. Las suertes se sacaban al toro después de ser desensillados por sorteadores escogidos entre los "sabaneros" o campesinos, que habían llegado con el ganado. Se presentaban estos vestidos en carácter, de algodón (jaquetilla) de jerga rayada, calzones de cotí, calzas hasta medio muslo de cuero de venado curtido, abrochadas con nudos que terminaban en cordones de cuero de cuatro pulgadas o más que caían a modo de flecos laterales, sombreros de palma de grandes alas con barbiquejo negro, una "tajona" (fuete colgante del cinto y una manta de color en el brazo o sobre el hombro derecho, con la cual toreaban durante varios minutos. En seguida montaban a caballo y, puya en mano, hacían de picadores por unos diez minutos más, sin vendar las caballerías, que eran robustas y fuertes. Y allí terminaban el juego, sin banderillas, garrochas, espadas, muerte del toro, ni caballo destripados, siguiendo un toro a otro hasta que el sol se ocultaba y la concurrencia se despedía, dando gritos y silbidos en señal de contento.**

En la época del coloniaje español, según refiere la tradición local, se levantaban palcos y tablados **paralelos a la "barrera", que eran ocupados exclusivamente por la nobleza de la localidad, la cual cuando se retiraba, aventaba puñados de moneditas de plebe, que se lanzaba a recogerlas, pelándolas y arrebatándose las. En la plaza, además, ocupaba lugar céntrico "doña María de los Gatos" autómatas vestido de mujer y con plomo en los pies, o sea en su base, de tal modo colocado, que haciéndole peso extraordinario los mantenía siempre parado. El toro embestía a "doña María", le hacía rodar por el suelo; pero ella se levantaba rápidamente y quedaba de frente con su cara de risas, burlándose del bicho, entre los aplausos y carcajadas del público, que celebraba con entusiasmo el "heroísmo" de la reina de la plaza. Entiendo que "doña María de los Gatos" se despidió de Granada en 1821, pues de ella no quedaba recuerdo en los tiempos que yo alcancé.**

Celebrábanse también otras festividades alegres, tales como las del Corpus, La de la Cruz, en que se bajaba a la playa y había bailes al aire libre y al compás de animada música; la de la Virgen de la Asunción de Xalteva, que duraba hasta **quince días y era sazónada con corridas de toros, bailes del "toro huaco" y de las "inditas", coloquios etc. La del Rosario, en San Francisco, que se prolongaba por ocho días, con exposición del Santísimo, vísperas y visitas de altares en el interior del templo y salida de "diablitos" y de inditas en ese día y en los domingos siguientes del propio mes de San Juan y San Pedro en los días respectivos, que eran muy rumbosas y tenían, además de la función de iglesia y procesión de imágenes, "parejas" (carreras de caballos) corridas de sortijas y de pato colgante, gallo enterrado, baile de la "yegüita", "palo lucio" (encebado) y otras diversiones por ese estilo, muchas de las cuales corrían a cargo de los Juanés, o Pedros, Pablos de la localidad, que celebraban su día onomástico con ellas, en la calle o plaza, inmediata a sus casas de habitaciones. Las carreras de caballos se verificaban por los regular en la calle Atravesada, partiendo de la bocacalle anterior de la del actual mercado y llegando hasta la casa del General Corral, o sea la bocacalle del Hormiguero, a una distancia de cuatrocientas varas castellanas. Los jóvenes de la buena sociedad y algunos otros propietarios de bestias caballares, reunidos en el punto de partida se desafiaban de dos en dos para correr la distancia señalada, ganando quien llegase primero. Era costumbre que los jinetes se echasen el brazo y se lanzaran a la carrera agarrados uno a otro del cuello del contrario, y así continuar hasta que separados por la distancia se veían obligados a desasirse; sucediendo muchas veces que no lo hicieran así y que el jinete de atrás arrastrase de espaldas al de adelante, sacándolo por las ancas de su caballo, o el de adelante hiciese igual cosa con el de atrás, sacándolo de la silla por el cuello de su respectiva caballería. También sucedía a veces que, por la precipitación de la salida de las parejas, éstas chocasen con los que iban de regreso y hubiese con tal motivo desgracia que lamentar.**

El baile de las "yegüita" se componía de dos grupos de gañanes, armados de garrotes con empuñaduras de espada, que se arremetían con bríos, bailando al compás del pito (caramillo) y el tamboril, hasta que llegaban a separarlos la "yegüita", repartiendo cabezadas y bailando a saltos. Era esta una concha de bejucos gruesos forrada en tela; con un pescuezo y cabeza de caballo de madera pintado, en uno de sus extremos, y la cual era llevada colgante de los hombros de un hombre que ocupaba un hueco central de la concha a modo de minotauro y la movía con las manos. El gallo enterrado quedaba en media calle, sepultado vivo hasta el cuello, y tenía que ser muerto a machetazos y por uno que salía desde mucha distancia con los ojos vendados. Si no acertaba y golpeaba con el machete en otro lugar, se le separaba enseguida entre la general rechifla y se vendaba a otro y otro, hasta que alguno daba con el machete en la cabeza del gallo, siendo entonces aplaudido y teniendo derecho al gallo. El pato colgante pendía de una cuerda atravesada en la calle, a determinada altura, bien amarrado

de los pies, y había que arrancarles la cabeza a tirones al pasar a todo escape y a carrera por debajo de él.

Los **“los diablitos”** correspondían solamente a los domingos del mes de octubre y salían vestidos con calzones cortos y blusa cerrada de **“sándalo”** (rasete de algodón) de colores chillantes, ceñida la última con un cinturón y completando el traje una cápita de la misma tela, encintada. Cada diablito llevaba un sombrero de fieltro de señora, de grandes alas y cubierto de plumas paradas, diversos colores, rasgueaba una guitarra y danzaba a brincos moviendo, constantemente la cabeza para que las plumas también bailasen. Salían enmascarados y en pandilla, con un acompañamiento de orquesta, llevando cada pandilla una **guitarrilla y un “junco”, ambos vestidos con largas batas de indiana, abiertas** desde el cuello, camisa blanca y calzones cortos de rasete de algodón. El uno rasgueaba una guitarra, al mismo tiempo que corría para atrás taconeando fuerte, manteniendo expedito el círculo de baile, mientras el otro hacía dúo a la música, **sobando el palillo encerado del “junco” que dejaba oír un sonido parecido al del bajo**, al mismo tiempo con la mano izquierda daba golpes acompasados de sonaja sobre el instrumento, consistía éste en una especie de atabal de pellejo, estirado **sobre la boca de una “nambira” grande (calabaza voluminosa y redonda) en cuyo** centro se mantenía fijo un palito encerado y amarrado por su base, que se sobaba con tres dedos **húmedos para producir el sonido. El “junco” es de origen andaluz** pues lo he visto en la morisca Granada, aunque con nombre distinto. Tanto el de **la guitarrilla como el del “Junco”, iban con máscaras grotescas y llevaban en lugar** de sombreros con plumas, altas gorras de cartón, forrado a estilo de polichinelas. **Precedía a la pandilla de diablitos el “macho” que era un hombre que cubría su** cabeza hasta el cuello con una mascarón de mulo y agitaba en su diestra una cadena larga que pendía de su cintura y con la cual cuando corría, despejaba el camino para los diablitos. Estos en su origen, que debe ser muy remoto, pudieron tal vez representar algo así como trovadores de la edad media; el junco y la guitarrilla, a dueñas, encargadas de mantenerles expedito el círculo de baile y el **“macho” a una especie de centurión o soldado de caballería, que marchaba en** desabierto, abriendo brecha entre la muchedumbre que les obstruía el paso. Las pandillas entraban a las casas principales y las recorrían de una en una, bailando en los salones por diez o quince minutos y pasando en seguida a los aposentos en donde a puertas cerradas se quitaban las máscaras, para hacerse reconocer de las familias y recibir en cambio vasos de refrescos; siendo esto último el mayor atractivo para los danzantes, jóvenes por lo regular de lo más apreciable.

El día de San Rafael (24 de octubre), salían exclusivamente **“diablitos chiquitos”** o sean muchachos de diez a catorce años, vestidos exactamente como

los diablillos grandes. Las "inditas" eran casi siempre pollitas escogidas en la clase media, vestidas con trajes indígenas de gala y enmascaradas, que iban de casa en casa como los diablitos, bailando acompasadamente una especie de danza en círculo y cantando al mismo tiempo. Salían el día de San Rafael y también cuando celebraban otros santos y recibían dádivas en monedas de plata, que recogían en un "guacal" labrado que llevaban sobre el brazo. Los bailes de "toro huaco" de máscaras estrafalarias, se organizaban con hombres de ínfima clase social, vestidos de harapos de etiqueta de las clases elevadas, a la que caricaturaban saltando y corriendo por las calles, seguidos de la música de viento y del tamborón gritando chocarrerías y haciendo una algazara que se aumentaba con el estallido de los cohetes y bombas, de rigor, en toda fiesta. Otras veces salían con el "toro huaco", gigantes y enanos carnalescos, tales como los tradicionales de España, y entonces se daba el paseo el nombre de "baile de la Gigantona"

Todo granadino se creía obligado a concurrir cada año a Masaya a solemnizar con su presencia la fiesta de San Jerónimo el 30 de septiembre, salvo fuerza mayor o caso fortuito. El movimiento comenzaba desde el día 29 a lomo de caballerías en carretas o a pie, según las condiciones económicas de los viajeros, siendo aquella fiesta una especie de feria muy concurrida y animada. De ella trataré más tarde al referir mis impresiones de Masaya. Había otra fiesta a la que también concurría mucha gente de Granada, la de Candelaria de Diriomo, en la que **había toros, "chinamos", inditas, diablitos, chinegritos, juegos de gallos, "parejas", coloquios y otras diversiones de las que daré cuenta oportunamente al hablar de Diriomo, donde viví algún tiempo.** Como Diriomo se halla solo a dos leguas de Granada, la traslación se hacía en una, en dos o más horas, según se verificara, a caballo a pie o en carreta. Había otra fiesta a la que también concurría mucha gente de Granada, la de Candelaria de Diriomo en la que **había toros, "chinamos" inditas, diablitos, chinegritos, juegos de gallos, "parejas", coloquios,** y otras diversiones de las que daré cuenta oportunamente al hablar de Diriomo, donde viví algún tiempo. El año se pasaba en continuas fiestas y como se explica bien en un lugar en que no había teatros, clubs, jardines ni distracciones profanas. Sus únicos teatros, pudiera decirse, por ampliación que eran los ocho los templos que entonces había en Granada tenían naturalmente que ser concurridos, pues había en ellos distracción honesta y se ganaba además la correspondiente indulgencia religiosa. ■

CAPÍTULO VI

Siempre con el tiempo viejo

Las fiestas religiosas, como he dicho atrás, constituían las diversiones de la sociedad abolenga; que vivían sedientos de goces y recreos en aquella época de estacionarismos y ocio. Sin vida intelectual, sin industrias ni comercio, los colonos tenían por necesidad que convertir los templos en puntos de reunión social, a los que se concurría, no tanto por ver imágenes, altares y clérigos, como por contemplar personas y cosas de más acá y la exhibición permanente de buenas mozas, de lujosos trajes y valiosas joyas, que allí se llevaban para honra de Dios y jolgorio de sus criaturas. Ese estado de cosas se prolongó entre nosotros hasta muchos años después de nuestra independencia de España; y en mis impresiones, aquí consignadas, no obstante, de ser de ayer, puede observarse bien los reflejos de aquel modo de vida que quizás mañana esté olvidado.

Había, sin embargo, en Nicaragua, o mejor dicho en Granada, lugar de mis referencias, de vez en cuando con motivos de bodas o de celebración de días onomásticos, o del cumpleaños de las personas, sus saraos rumbosos, o bailes de gran tono, que ya era otro cantar distinto del de las iglesias y procesiones, por lo menos en la forma. Los bailes de la alta sociedad se daban en grandes salones, adornados con flores y guirnaldas que perfumaban el ambiente y alegraban la vista, y con cortinas blancas de linón en las puertas ventanas. Las flores se ponían en sargas pendientes del techo o formando ondulaciones a lo largo de las paredes y las guirnaldas se sujetaban en estas por medio de clavos, alternando con las pantallas del alumbrado. Lucía en centro del entrepaño que se escogía para el efecto, un espejo grande; y de las vigas, en cueras forradas con tiras de color, pendían faroles de vidrio de forma octogonal, con velas esteáricas, que eran entonces el alumbrado de más lujo y costo, y el cual se completaban en la sala con otras velas también esteáricas, en los candeleros de hoja de lata brillante que había en las paredes. Los corredores o galerías interiores del primer patio de la **casa se decoraban con palmas de cocotero, tallos de plátanos, rollos de "papaya"** y ramos de mamey. Con las primeras se formaban arcos entrelazados y cruzados en cada tramo a modo de ojivas, y con los tallos y las ramas se cubría la base de los pilares y el pie de las palmas que estaban fijadas en la pared opuesta, semejando una alameda fantástica, o la calle de un bosque encantado, al que esmaltaban además las sargas y guirnaldas de flores naturales y numerosas banderillas de papel calado, de varios colores, entonces de muy bien tono.

Se bailaba sobre ladrillos in manteado, estera o alfombra, al compás de una orquesta de violines, guitarras y violón, y se tomaba, en lugar de licores, bebidas

refrescantes de agua de canela, chicha de jengibre, horchata de arroz y también ponche de huevos y leche que hacía las veces del champán de nuestros días. Licores no se permitía, salvo el rosoli o crema italiana poco alcoholizada y vino de Málaga que se obsequiaban algunas veces a las señoras. El uso de licores extranjeros nos llegó al país con los inmigrantes y pasajeros del tránsito interoceánico en 1857; y aunque la fabricación expendio del aguardiente de caña databa de fecha muy remota, en Nicaragua solamente entrar ebrios al combate, uno que otro viejo decrépito al acostarse, y los enfermos en aplicaciones externas.

La invitación para los bailes y reuniones era verbal. Una sirvienta vestida con su mejor traje y olorosa a flores de seda, **de "sacuanjoche" o de jazmín con** que perfumaba la ropa, iba de casa en casa de los invitados dando el recado, que **había aprendido antes de memoria, poco más o menos en estos términos:** "Dice mi amo, (mi ama o mis amos, según el caso) que tenga su "mercé" muy buenos días y que como está; que mañana los espera por la noche, a su "mercé" "las niñas", sin falta, porque va haber un sarao (si era un baile serio), o una "chapandonguita" (si era de confianza); y que si puede prestar su "mercé" sus **escaños y "taburetes" y también floreros y faroles para mandar por ellos**". Sucedió que nadie tenía más mobiliario que el estrictamente necesario y de allí que para cada reunión social se pidiese prestado a los vecinos cuando faltaba. Sobre una larga mesa cubierta con manteles blancos se colocaban las bebidas en una pieza inmediata a la del baile, depositadas en botellas de vidrio tapadas con ramilletes de flores en lugar de tapones, de las que se servía cada cual a su gusto. No se acostumbraba cena; pero se repartían **platitos con marañones y "nancites" encurtidos en aguardiente endulzado, "sopa borracha" y colaciones y golosinas**. Como el pueblo se aglomeraba en las puertas del edificio, se colocaban de previos gendarmes armados de fusiles, que se solicitaban del comandante militar y los **cuales no dejaban pasar más que a los invitados. Los trajes de las "niñas"** (señoritas) medianamente escotadas, eran de linón, muselina o gasa transparente labrada, que llevaban sobre ropa interior blanca muy planchada y engomada. Llevaba por toda joya un par de aretes en las orejas, un collar de cuentas finas enchapadas, en dos hilos, una cadena y a veces pulseras, todo de oro pálido, sino pedrería. Por guantes llevaban mitones bordados en colores y se adornaban la cabeza con flores naturales.

Las señoras y las niñas mayores (solteronas) iban con traje oscuro, algo más llenas de alhajas y anillos se colocaban en los asientos mejores situados en **la sala, teniendo estrechamente cerca de si a las "niñas" que vigilaban y celaban** extremadamente. Los niños (jóvenes) vestían levita negra de variado corte, según la edad de la prenda, calzones del mismo color o blanco, llevando por corbata un medio pañuelo de seda cortado diagonalmente, doblado a lo largo y formando al frente un enorme lazo que cubría el cuello de la camisa; no usaban guantes y

llevaban gruesas cadenas o leontinas de oro, que a modo de dijes iban colgados del mismo reloj.

Los “tatas” (padres) los solterones, vestidos de igual manera, formaban grupo separado en los corredores o bien se aglomeraban en las puertas interiores a presenciar el baile cuando tocaba la orquesta. A las siete de la noche comenzaban a llegar los invitados. Si entre éstos iba alguna familia, se componía por lo regular de padre, madre, hijos grandes y chicos, sirvientas que conducían el farol para alumbrar en la calle y la llave de la casa, que por sus dimensiones competían ventajosamente con la de San Pedro. Las hembras ocupaban los asientos de la sala a medida que iban llegando, después, de entregar sus españoletas en mano de la señora de la casa o de la recomendada de esta, y haber cambiado un abrazo con todas y cada una de las que habían llegado antes. Los varones, después de haber dado la mano a los demás varones que se encontraban en la casa y de haber abrazado a las dueñas de está, ponían sus sombreros encima de una mesa destinada para ese servicio y permanecían de pie en los huecos de las puertas, esperando los acordes de la música para buscar pareja, porque no se conocía aún la costumbre de contraer compromisos anticipados. Las sirvientas se acomodaban en los rincones de los corredores formando un grupo especial.

Se bailaban cuadrillas, contradanzas, valeses, fandangos. Las cuadrillas eran las mismas del antiguo baile español que se diferenciaba poco de las modernas; la contradanza pertenecía también al viejo repertorio castellano, habiendo de ella poco recuerdo, por lo que cederemos la palabra a un autor contemporáneo, que **la describe así: “El arreglo y disposición de una contradanza exigía conocimientos estratégicos. Apenas sonaba la orquesta se apresuraban los galanes a tomar su pareja, situándola convenientemente, es decir próximos a la “cabeza”, si eran duchos en la materia, o “hacía cola” si eran chambones, pues se consideraban como falta grave equivocarse al bailar contradanza. “En toda la extensión de la sala formaban, de un lado, las señoras y del otro los hombres, frente a su respectiva pareja. El que ponía la contradanza, por lo general personas de respeto, daba a los danzantes las órdenes, e instrucciones conducentes a la buena ejecución del plan de operaciones y, al grito de una, empezaba el enredo del cual consistía en hacer y deshacer “cadenetas, o “espejos alas arriba”, “alas abajo”, “molinetes”, etc., en una palabra, durante dos o tres horas de tiempo se entretenían tejiendo la tela de Penélope; el pináculo de la contradanza consistía en que en cierto momento, los hombres de un lado y las señoras al frente, se aproximaban entrelazados formando una gran ala al grito de arriba. Esta clase de baile era muy socorrido porque lo mismo que la “olla podrida” española, admitía**

en su seno toda clase de comestibles, allí se desquitaban todos y todas del forzado ayuno de baile, cuando éste provenía de pavorosa antigüedad en la fe de bautismo. Los valeses que se bailaban **eran acompañados y de "chases"¹** muy asentados, tal ¿? baile francés. Las parejas se tomaban de los dedos de las manos por un lado y apenas tocándose el cuerpo por el otro (hombro y talle respectivamente) y separados convenientemente el uno de la otra, porque la honestidad alejaba hasta las apariencias de cosas que fuera abrazo.

Después, o entre pieza y pieza de baile, venia los "solos" o sean bailes por el estilo de fandangos y jarabes. El fandango, muy conocido aún era saludos desde que los preludiaba la orquesta con ruidoso palmoteo y alegres aclamaciones. Durante se bailaba había interrupciones en que se callaba la música **momentáneamente, para que los danzantes "echasen bombas" o sea coplas** graciosas y ocurrentes, en las que lucían su genio y su chispa a estilo andaluz. La dama con un brazo en jarras, caídos el otro sosteniendo la falda rompía el baile avanzando sonriente y magnífica y luego de detenía. El galán se apartaba un poco y entonces empezaba los movimientos vivos y agitados de la danza, que al decir **de un escritor, "parecía representar en pantomima la historia eterna de amor con sus anhelos y esquiveces."** Principiaba el galán avanzando hacia la dama, como para invitarla; ella cedía y se iba en pos; continuaba él avanzando y zapateando y ella provocadora y esquivada retrocediendo, y así, atentos al compás de la música, ora se retiraban desdeñosa, ora se acercaban, aunque al encontrarse allí la mujer, seguida del hombre que iba en pos de ella, zapateando con viveza. De cuando en cuando uno de ellos **se paraba y gritaba "bomba", acto continuo callábase la música y el "bombero" con entonación festival, recitaba alguna copla graciosa.** Recuerdo dos de esas coplas, entre las muchas que oí en bailes y paseos de confianza, que pueden dar una idea aproximada de ese género de composiciones especiales. (Amorosa) bomba, bomba, cohete, cohete: Ayer por tu casa, me tiraste un limón, el limón cayó en el suelo y el sumo en mi corazón. (Desdeñosa) Bomba, bomba, cohete, cohete: Del genio que antes tenías, según mi propia opinión es cuando el violín queda sola perilla. En los intermedios de las piezas del **baile, cuando la orquesta descansaba, cantaban las "niñas" que sabían hacerlos**

¹ Nota: Chase: Esta palabra es inglesa, y uno de los significados, el que mejor se adapta al texto es to try very hard to persuade someone to have a relationship with you: Cuya traducción al español es: intentar convencer a alguien de que tenga una relación con usted, o sencillamente en el texto tratar de convencer a una damita ...para bailar una pieza musical... tal vez contradanza francesa (no se puede leer en el texto original) Cf: <https://es.wikipedia.org/wiki/Contradanza> La contradanza (también llamada contradanza criolla, danza, danza criolla o habanera) es la versión española o hispanoamericana de la contredanse francesa... La palabra asentado es representativo de una persona juiciosa, formal...Un hombre serio diríamos actualmente en Nicaragua. Ver un baile de contradanza francesa en: <https://www.youtube.com/watch?v=bsjY9wdVk9s>

después de hacerse rogar y acompañadas por alguno de los “niños” que punteaban y rasgueaba la guitarra, sentado al lado de la cantora o bien se decían **brindis, sirviendo de tribuna un “taburete” sobre el cual servía un doctor, un licenciado o un bachiller que eran los llamados para discurrir.** El orador, puesto en pie y con el vaso en la mano **a la altura del rostro, “improvisaba” poesía para cada una de las “niñas” y hasta par las señoras; poesías por lo regular copiadas y adaptadas previamente, con las modificaciones del caso: pero no obstante se llamaban improvisadas.**

Recuerdo a cierto doctor **y maestro “in u troque juris” al que todavía alcancé en todo su apogeo, personaje candoroso, sin talento, pero dotado de prodigiosa memoria, que fue por muchos años dueño exclusivo del “taburete” de los brindis, desde 1857, hasta 1869, sus “improvisaciones”, cuando por algún motivo no asistía al baile, tenía el gusto en repetirlas al día siguiente en las casa de sus amistades y en los corillos, tenía también la costumbre del buen doctor de recitar antes de sus improvisaciones, que pudiera llamar especiales, una de orden preliminar que se refería al amor, y la cual concluía con un cuarteto que de tanto oírlo aprendió el público de memoria y decía así: Brindo, pues, por el amor, por esa cosa tan pura, que el corazón fulgura como a medio día al sol. Sucedió en una de tantas veces, allá por el año de 1871, en el recibimiento de abogado de don David Osorno que fue llevado al “taburete” nuestro doctor y maestro, y después del consabido brindis preliminar, o mejor dicho al terminarlo exclamó con fuerte voz: “brindo, pues, por el amor; y la concurrencia de jóvenes, quitándole la palabra continuo con tono de mofa: “por esa cosa pura...” a la que el doctor, sin desconcertarse, replico en voz más alta: “que el corazón fulgura...” Y el coro riendo a carcajadas y palmoteando añadió “Como a medio día al sol...” También los oradores de los bailes y reuniones solían brindar sobre otros temas. Entonces era de rigor hacer citas de la historia antigua de Grecia y Roma y salpicar el discurso con latinajos que ni el mismo orador entendía y que todos los presentes, sin embargo, aplaudían para demostrar lo contrario.**

Llegaba la media noche, hacían presentes los padres de familia que era muy tarde para seguir bailando, y no había modo enseguida, de que se contuviera el movimiento de salida, que reiniciaba desde ese momento. Las mujeres, **arrebuadas en sus “pañolones de seda” o “rebozos” de los mismos que usaban muchas señoras, se despedían con repetidos abrazos diciendo mil cariños melosos y recomendando recuerdos y saludos para los demás de las respectivas casas, y al mismo tiempo que las sirvientas rompían la marcha, llevando los faroles encendidos para alumbrar el regreso a los hogares. Los niños mientras tanto no desperdiciaban la oportunidad de acompañar a las “niñas” de su devoción que**

caminaban a la par de la mamá y del "tata", enseguida del núcleo de sirvientas que llevaban en los brazos o sobre el pecho a la chiquerilla dormida; y el dueño de la casa del baile, mientras tanto, bostezando, y dando orden de cerrar las puertas, se **frotaba las manos satisfecho del éxito de la jornada y que los "tambo y venados" (alborotos y peleas) de los "niños", no hubieran tenido mayor consecuencias.** Al día siguiente circulaba verbalmente la crónica del baile con todas las peripecias de éste; y esa crónica repetida y comentada formaba por muchos días y hasta semanas el platillo más sabroso de las conversaciones en los hogares.

Como no había periódicos noticiosos e independientes, o mejor dicho, como no existía el periodismo, estaban en su apogeo las **"ensaladas" que circulaban** manuscritas de mano en mano y aun eran aprendidas de memoria para repetir las a los que no las había visto. A este género de producciones se dedicaban solamente las personas que se consideraban con aptitudes bastantes, pues además de ser en forma versificada, debían tener su sal y pimienta al sabor de la **localidad. Dichas "ensaladas" se remontaban al tiempo del coloniaje y tuvieron** vida hasta 1870, aproximadamente, en que la luz de la civilización las eclipsó perdiéndolas en las sombras del pasado.

He aquí algunos fragmentos de una "ensalada" de los últimos tiempos, que aún conservo en la memoria:

"Esta ensalada es picada--- en una hermosa vivienda--- que bien estoy con tienda---dice Fernando Mongalo--- Que bueno darle un palo---a Nicolás de la Rocha---Que bien que maneja el coche aquel Francisquito Leal---Siempre anda pidiendo real--- de los Aranas Manuel---Póngale parches de miel a don Francisco Quezada---Tiene cara de empanada---Que bien que mastica el freno---el doctor Julián Canales---Que bien que le asienta un yugo --del los Arguellos a Luís—Que buena venta de cómales tiene la Luisita Lugo--- Que bien que le sienta un yugo --de los Arguello a Luís--- Tiene cara de güis---de las dos Souza de Estela—Tiene ojos de boscoleta---el tísico de Lejarza--**"Pero ya me dieron las doce**---dice el patrón Gaussén—**y todo esto es obra de mi cabeza de comején".** Los autores de las ensaladas se dieron la mano por muchos años, con los de los **"testamentos de Judas" que también en importancia tuvieron** en nuestra sociedad antigua, y con los **"pone-nombres", gremio de chuscos desocupados, que salían las más de las** noches, cuando todos se entregaban al reposo, a motejar por medio de apodos, injuriosos e infamantes las más de las veces, a todos los vecinos sin distinción de sexo ni edades. Para esto, disfrazaban la voz y tomaban precauciones, a fin de eximirse de responsabilidades.

Sucedía con frecuencia a los "pone nombre", que cuando más distraídos estaban en sus infames guasas, se abría una ventana inmediata, desde la cual les arrojaban líquidos nada aromáticos, o bien una puerta por la que salía a paños **menores algún mata siete, "guacalona" en mano (espada antigua con empuñadura**

de taza de hierro), desfaciendo el entuerto a cinturazón sobre cada lomo que quedaba a su alcance. Los “pone nombres” estaban en acción, llegando sigilosamente a las puertas de la casa, escogida, dividiéndose allí unos a un lado, y otros al opuesto, y sosteniendo con voz aguda y chillona un diálogo poco más o menos por este estilo: Ay, ayayay compañero, compañerito...Que quiere compañero...Quiero ... quiero que me diga. ¿Que nombrecito le ponemos por ahí a...?... ¿A quien compañero? ---¿Al señor Fulano (o “ñ” zutana o la menganejita, según el caso), compañerito de mi alma... ¿Pues pongámosles compañero...pongámosles cara, cara de...? ¿Cara de que, compañerito? Pues cara de... (Aquí el apodo); y una carcajada general, y la más sonara rechifla de todos los “pone-nombres acogía el chiste. Y los apodos continuaban para todos los de la casa, en son de bofa, encostrándose sus defectos físicos haciendo alusiones infamantes a la reputación de las personas. Los pone nombres desaparecieron con la guerra de 1854. Su último caudillo fue un tal Aranita, que dicen tenía un talento especial para los apodos y que hacía reír a todos con sus carcajadas, al menos por supuesto los que le servían de blanco. Su recuerdo vivió por muchos años en Granada.

El mayor lujo que tenían los granadinos consistía en la posesión de buenos caballos de andadura. Paseábanse en ellos mañana y tarde por las calles y los arrabales de la ciudad, ya solos o de dos en dos; pero el paseo de la ciudad se hacía después de haber tomado un baño en el lago, tanto jinete como su caballería. Por la tarde solían también pasear a caballo las señoras y señoritas, acompañadas de un caballero. Vestían un traje especial de marino negro, azul y verde que les llegaba más debajo del pie y se cubrían la cabeza con un sombrero de fieltro negro de alas, una de las cuales iban orlada con una pluma de avestruz, también negra. Las mujeres del vulgo no montaban solas, sino que eran llevadas por delante del jinete, sentadas a través, sostenidas por el brazo del compañero que rodeaba su talle, sin ningún vestido especial.

No había mercados tales como hoy los tenemos. Las ventas de granos y comestibles se hacían en la plaza principal de cada población al descubierto y bajo el sol por los indios, y bajo pequeños toldos de “petate” (estera) por las revendedoras ladinas. Esos mercados llevaban el nombre indígena de “tiangues” y el de Granada era servido por indios de Diriomo, Diría y Catarina, que llegaban a pie, temprano de la mañana llevando pesadas redes sobre las espaldas, o en la cabeza, y regresaban a las dos en punto de la tarde con las redes vacías o con lo que no habían podido realizar de su contenido, y se alojaban en el mesón municipal, donde vendían sus cargas, midiéndolas en medios almudes, cuartillos

y medio cuartillos, si eran granos, o pesándolas en romanas, cuando se trataba de azúcares y panelas, arroces y almidones.

En todos los hogares se conservaba cuidadosamente un manojo de palmas benditas, que tenían la virtud particular de librar de rayos y centellas a los que se amarraban una de ellas en la cabeza, en los días de tempestad. El crédito de la palma bendita era muy grande, pero comenzó a perderse desde que un obispo de León tuvo la falta ocurrencia de poner un pararrayos en la iglesia catedral, en lugar de cubrirlo con palmas. Hombres y mujeres, llevaban también consigo a modo de amuleto santo y bajo la ropa escapularios, rosarios y camándulas para librarse del enemigo malo (diablo), que vivía en acecho de los fieles devotos, y ponerse en gracias de Dios. Había sobre todos esos amuletos, cierta panacea meritísima, consistente en una oración **que se llamaba de "La verdadera sangre de Nuestro Jesucristo")**, la cual escrita en cuartillas de papel y fijada con engrudo, detrás de las puertas, ponía en panera al diablo y libraban de la peste del pecado y de todo mal a cuantos vivían en la casa. No se conocía entonces la antisepsia, ni se usaba el desinfectante, pero la oracioncita que ha valía por todo, y nuestros **abuelos, ayudándose, eso sí, con el "tiste" y el "mondongo"**

Cuando había temblores de tierra, que tomaban por una expresión manifiesta de la cólera de Dios por motivos de los pecados de los hombres, todos se arrodillaban en las calles y patios y, golpeándose el pecho en señal de **contrición, entonaban en coro y a grito partido el "Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, líbranos Señor de la peste, del pecado y de todo mal". Y era muy creído** y lo confirmaba la tradición, que con aquel canto piadoso se aplacaba la ira del Señor y dejaba de temblar.

En el mes de Mayo, en que principiaban la estación de lluvia, toda la población, recorría devotamente en procesión por las calles del pueblo, encabezada por el clero y cantando en coro las letanías de la Virgen, para que el invierno fuera bueno, lo cual lograban casi siempre por aquel medio; y como sucedía a veces que en la canícula o sea durante la sequía del mes de agosto, aparecía en los campos un gusano u oruga voraz, que llamaban langosta y que como ésta asolaba los cultivos, concurrían al cura para que lo conjurase, y esto solo bastaba para el buen éxito, sobre todo si el conjuro se hacía en un día nublado o cargado de la electricidad, que era el preferido, y el cura sabía por qué; y era de verse como morían todas aquellas orugas infernales, tan luego las exorcizaba el Ministro del Señor.

Para los entierros había solemnidades religiosas, siempre que el difunto hubiese dejado con que costearlas o tuviese parientes, dispuesto a hacerlo. Salía el féretro de una de las iglesias, presidido por un cura, revestido de capa pluvial, y un acompañamiento de músicos con los cuales cantaban responsos en cada boca calle, hasta llegar al punto en donde debía ser sepultado, que era por lo regular el pavimento de alguna otra iglesia. A los adultos se les llevaba en féretro,

forrado con paño marino o terciopelo de algodón negro que llamaban “pana”; pero cuando el confesor declaraba que el difunto o la difunta, había sido virgen el féretro se forraba en raso blanco y se adornaba con palmas y guirnaldas. Cuando el día de la defunción aparecía el cielo con nubecillas blancas en forma de palmas, se tenía por un hecho cierto que el alma de aquel difunto acababa de entrar en la gloria de Dios, quien ponía de gala su hogar, empalmándolo exteriormente en señal de regocijo. Si el finado era algún párvulo de padres acomodados o ricos, la casa mortuoria se ponía de gala, adornándola con flores y cortinajes blancos, se repicaban las campanas a la salida del entierro, se llevaba el féretro en brazos de los amigos, tres clérigos cantaban a todo pulmón, alegres hosannas a dúo un ángel más al cielo. Se trataba de un niño hijo del bajo pueblo, la festividad se reducía a velarlo en el hogar, bebiendo chicha y aguardiente y bailaba alrededor del cadáver que permanecía expuesto en el centro de un salón, hasta la hora del entierro, que se verificaba entre repiques y disparos de cohetes.

La navegación del Lago de Nicaragua y Río de San Juan se hacía por bongos y piraguas o pequeñas goletas de velas; pero con motivo del tránsito interoceánico tuvimos líneas de vapores en el Atlántico y el Pacífico, así como en el lago y río, y también una línea telegráfica de la Virgen a San Juan del Sur, desde el año de 1851.

En cuanto a carreras profesionales, tan solo abundaban las de clérigo y abogado, ingenieros no había y los médicos escaseaban, aunque se llenaba el vacío con los curanderos que improvisaban. Para ser clérigo se estudiaban rudimentos de gramática latina, se hacía un curso de éste o filosofía moral y se aprendía algo muy elemental de teología. Venían en seguida los hábitos y la tonsura y el cura quedaba hecho. Los abogados estudiaban teóricamente gramática latina y también la de la lengua castellana, hacían un curso de dos años de filosofía ergotista, otros tres de derecho civil español por don Juan Sala y otro de un año de derecho canónico por Don Juan Devoti. En seguida se recibían de bachilleres en jurisprudencia, hacían después una pasantía o practica forense en el bufete de un abogado y luego se examinaban en la Corte de Justicia que les extendía el título de licenciados. Las demás nociones de la carrera jurídica se adquirían por la lectura de autores a discreción del interesado. Se fabricaban también algunos médicos en la Universidad de León, tomando para texto las doctrinas de Aristóteles y haciendo disecciones, una que otra vez, sobre cadáveres de monos. En cuanto a ciencias exactas no se llegaba más allá de la aritmética; y aunque había agrimensores o medidores de tierra que practicaban sus medidas del modo más original y curioso. Portaban una pequeña aguja de marear con la cual sobre la mano y al ojo de buen varón, tomaban el rumbo aproximadamente

y sin grados de desviación. Enseguida, con una cuerda de fibra, de cincuenta varas castellanas de largo, median la circunferencia del terreno sin parar en mientes en su forma o figura, dividían la suma por cuatro para cuadrar mentalmente el suelo, multiplicaban por si cada lado del cuadrado y luego dividían ese resultado en varas castellanas por diez mil, para reducirlo a manzanas, y después a caballería por medio de otra división.

Cuando yo vine al mundo, había en Granada un médico americano el doctor David, del que contaban que hacía milagros con su profesión, su fama se consagra hasta el día; pero supongo que aquel médico insigne que pasó desconocido en los Estados Unidos, entonces tan incipiente como nosotros, debe haber tenido más de sugestivo que de científico. David por añadidura, vivía en constante ebriedad, siendo de notar que cuando más grandes era la crápula, tanto más acertado parecía ser en su práctica médica. El doctor David murió o desapareció, (no estoy claro en esto), desde antes de la invasión filibustero de William Walker. Algunos años después apareció en Granada el Licenciado Don Antonio Falla, médico guatemalteco, de raza mixta, no muy sobresaliente en su profesión, aunque con fama de especialidad en obstetricia. Contábase de él, que habiendo leído en un tratado de frenología que la forma de la cabeza indicaba las aptitudes del individuo, quiso poblar de sabios el suelo, imprimiendo determinada forma al cráneo de los recién nacidos de su clientela. El resultado que obtuvo fue **“contraproducente”**; pero la equivocada fue la ciencia y no él, que se inspiró en las teorías del famoso Gall. Compartieron la clientela granadina con aquel galeno, los doctores Julián Canales, español canario, y Earl Flint, americano, curanderos sin título, que se impusieron como médicos y lograron codearse con Falla. Fue hasta en 1858, poco más o menos que llegó a Granada hecho médico en los Estados Unidos, después de dos años de estudio, el joven Don Francisco Álvarez, hijo de la localidad, que tuvo poco éxito en sus primeros años de práctica, aunque más tarde alcanzó buena reputación y fama. Llegaron sucesivamente otros médicos, tanto de afuera como del lugar, titulados de doctores en Guatemala y los Estados Unidos, a los que no referiremos oportunamente en el curso de esta narración.

Las artes industriales no andaban tampoco muy adelantadas; los ebanistas trabajaban los muebles pocos artísticos, que se clasificaban de lujosos, cuando les daban brillo con barniz de copal, que era el único que se usaba. En León parece que no era tanto el atraso en ese ramo, pues de ella se llevaban a Granada muebles finos colorados con agua de palo de Brasil y maqueado con goma laca. Fue hasta por años de 1861 a 1862, cuando la ebanistería se perfeccionó en Granada con la llegada de don Felipe Visert, inmigrante francés y carpintero muy hábil, que estableció un taller de ebanistería desde su llegada. Los zapateros no les iban en zaga a los ebanistas granadinos. Tenían malas hormas hechas en el país, pocos materiales y trabajaban algo rudimentariamente, haciendo zapatos de

dos orejas de “topeteado” y “cuero” de “lustre” para los hombres, y bajos, de pana y otros géneros, pero sin tacones para las mujeres. También había algunos zapateros más acreditados que trabajaban botas de becerro con cañón hasta las rodillas **para los caballeros, las cuales costaban de siete a nueve pesos “daimés”** o sea de ochenta centavos por peso. Los sastres tallaban de una manera desgraciada y con tales pretensiones, como que los más famosos cortaban al ojo, sin tomar medidas ni probar el vestido. El taller de los hermanos Francisco y Santos Castillo era el más acreditado en la fecha de mi nacimiento y se mantuvo con su misma fama hasta 1854. Los cerrajeros, hojalateros, albañiles y plateros cerraban la lista de artesanos de aquellos tiempos, pudiendo decirse de ellos que trabajaban bien en sus respectivos oficios. No había entonces en Granada pintores, escultores alfareros, cobritas talabarteros ni mecánicos.

Las dos primeras máquinas de coser llagaron a Granada en 1864. Eran americanas de las llamadas de cadeneta y de la fábrica Grover & Barker. **Se vendieron al precio de doscientos pesos “daimés” cada una siendo sus compradores el maestro Francisco Castillo, que todavía tenía su taller de sastrería, y la modista Clara Reyes, también famosa.** Dos años después de la fábrica **americana Wheeler & Wilson, que se vendieron a ciento cincuenta pesos “daimés”.** Aquellas máquinas eran tan perfectas para coser, como son las actuales y tuvieron mucha demanda. Boticas no existían; cada médico tenía un botiquín con que preparaba reservadamente los medicamentos de sus clientes; pero en las pulperías se expendían al por menor drogas de consumo, o sea de la medicina doméstica, tales como, purgantes de distinta naturaleza, vómitos, aceites y yerbas medicinales.

Pero me extendido mucho, y dejaremos para otro capítulo la continuación del mismo asunto, cuando refiera mis impresiones personales de niño y joven, tanto en Granada como en otras poblaciones. ■

